

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



Suplicio de San Bartolomé (1).

RIVERA.

Cuéntase que en los primeros años del siglo XVII, un cardenal, al atravesar en coche las calles de Roma, vió á un jóven apenas salido de la adolescencia, que casi desnudo, cubierto de harapos, y teniendo á su lado sobre unas piedras algunos mendrugos de pan debidos á la caridad pública, dibujaba con profunda atencion los frescos de la fachada de un palacio. Movido á piedad en vista de tanta miseria y tanta aplicacion, el cardenal llamó á aquel niño, le llevó á su casa, le hizo vestir decentemente, y le admitió entre sus sirvientes que entonces se llamaban la familia de un gran señor. Supo entonces que su protegido se llamaba José de Rivera, que habia nacido el 12 de enero de 1588 en Játiva, (hoy San Felipe), cerca de Valencia; que su padre Luis de Rivera y su madre Margarita Gil, le habian enviado muy jóven á esta capital de su provincia para que estudiase humanidades; pero que su inclinacion irresistible por las bellas artes, le habia hecho preferir á las clases universitarias, el obrador de Francisco Ribalta; que en fuerza de un estudio constante bajo la

direccion de este distinguido maestro, habia hecho progresos bastante rápidos para que al poco tiempo se le encargase algunos trabajos; pero que entonces se habia despertado en él la pasion de ir á estudiar el arte en su origen, que no habia soñado sino en Roma y sus maravillas, y que abandonando familia, amigos, patria, habia llegado á la capital del mundo artista, donde sin apoyo ni recursos, transformando las calles en obrador y los guardacantones en caballete, copiando estatuas, frescos y transeúntes, vivia de la caridad de sus compañeros, que le llamaban á falta de otro nombre, el Españolito (*lo Españolito*).

Hallábase Rivera precisamente entonces, en la misma posicion que cuarenta años antes habia ocupado su inmortal compatriota Cervantes, pues el autor de Don Quijote habia estado tambien en Roma de camarero del cardenal Julio Aguaviva; pero el gran pintor, ni mas ni menos que el gran escritor, no podia avenirse por mucho tiempo á la degradante ociosidad de la antecámara de un principe de la iglesia. Ambos habian nacido para un destino mas activo y glorioso.

Cervantes dejó á su protector ó si se quiere á su amo, para hacerse soldado, para ir á combatir á Lepanto y sufrir cinco años de cautividad en Argel; Rivera al cabo de algunos meses de inaccion y pereza, se sintió al fin avergonzado de la abyeccion en que se veia sumido. Halló en

(1) Este grabado es copia del cuadro pintado por Rivera, que existe en el Museo de Madrid.

25 de abril de 1846.

TOMO IV. 40

el fondo de su corazón ese divino amor al arte, esas esperanzas para lo futuro, esa sed de ciencia y gloria que le habían conducido desde Valencia á Roma; y así fué que un día, el que le pareció mas hermoso, tiró la librea, volvió á cubrirse con sus harapos, huyó de la casa del cardenal y volvió á emprender gozosamente su vida de miseria, de trabajo y de independencia. No faltó quien le acusara de ingratitud ó le tratara de incorregible vagabundo. Pero mas adelante, viendo sus trabajos y sus adelantos, el buen sacerdote que le había recogido, le perdonó su fuga y aun le felicitó por haber preferido á las dulzuras de una pereza inútil, la noble y laboriosa pasión de su arte.

Libre ya y vuelto á sus queridos estudios con todo el ardor de una inclinación comprimida, Rivera llegó al momento en que el artista consulta su gusto y elige su estilo. De cuantas obras maestras le rodeaban, las que admiraba con mas entusiasmo, las que se hallaban mas conformes con los instintos de su propiogenio, eran las obras del arrogante y ardiente Miguel Angel Caravaggio; allí, ante los formidables efectos de su poderoso claro-oscuro, el joven español veía los últimos prodigios del arte. Hizo los mayores esfuerzos y al fin obtuvo que este maestro le admitiese en su obrador. Por desgracia no pudo recibir sus lecciones mucho tiempo, pues Caravaggio murió en 1605, cuando Rivera no contaba todavía veinte años. Sin embargo, había aprovechado tan bien las cortas lecciones del profesor de su eleccion, tan bien había comprendido su estilo, que ya no se distinguían las obras del maestro de las del discípulo.

Cuando acaeció la muerte de Caravaggio, Rivera salió de Roma y se fué á Parma, donde le llamaba la atención mucho tiempo hacia la gran fama de las obras de Correggio y el deseo de conocerlas y apreciarlas. Púsose á estudiarlas, á copiarlas con una especie de delirio, y dejando su primer método fuerte y atrevido, pasó en cierto modo al extremo opuesto para hacerse dulce, tierno y gracioso, como su nuevo modelo. No dejó de sorprender á su vuelta á Roma tan completa metamorfosis; pero lejos de felicitarle le criticaron sus amigos. Bien sea que se despertase la envidia y que se hiciera mas temible para sus rivales en la línea de Correggio que en la de Caravaggio, ó bien que manteniéndose en su primer estilo quisiera suscitarle en el Dominiquino, ya viejo y á quien Rivera no quería, un émulo mas poderoso, todos los amigos del joven español parece que reunieron sus esfuerzos para que volviese á emprender el método de Caravaggio, que segun le aseguraban debía por su novedad y fuerza, procurarles mas gloria y mas dinero. Fuesen ó no desinteresados estos consejos, Rivera, en nuestra opinion hizo bien seguirlos. Su gusto por los asuntos raros, sombríos y terribles, manifiesta bastante que la fuga de Caravaggio le acomodaba mas que la suavidad de Correggio. Sin embargo, el estudio inteligente de este proporcionó al talento de Rivera un nuevo elemento, y modificando los defectos en que podía hacerle incurrir la imitación demasiado completa del primero, fué ciertamente una de las causas de la incontestable superioridad que adquirió sobre su maestro.

Para evadirse de las importunidades de sus amigos, verdaderos ó falsos, para poner en ejecución con mas libertad las grandes concepciones que empezaban á germinar en su cabeza, y ultimamente para ver si el trabajo y talento hallaban en él su recompensa, Rivera dejó á Roma y se fué á Nápoles, sin recomendaciones, sin dinero, siempre aislado y pobre, á términos que segun se dice, se vió obligado á dejar su capa en prenda al huésped, cuya casa había habitado cuando llegó á Nápoles, hizo felizmente conocimiento con un comerciante de cuadros, al cual ofreció sus servicios. El napolitano, hombre hábil, examinó al joven estrangero, y deslumbrado por un talento tan firme ya y que anunciaba tan gran porvenir, se encargó de la colocación de sus obras; despues, al poco tiempo le ofreció la mano de su hija única, heredera de toda su fortuna. Parece raro, á propósito de este accidente, que en ninguna

de las biografías de un pintor como Rivera, que vivió tanto tiempo y tan espléndidamente en Nápoles se haya hecho mención del nombre de su esposa ni del de su suegro, así como tampoco se nombra al cardenal que le había socorrido en Roma. Una vez casado, se entregó Rivera asiduamente al trabajo, hallando en la profesión de su suegro el medio de que circularan su nombre y sus obras. En poco tiempo se hizo el pintor mas célebre y querido de cuantos había en Nápoles, habiendo contribuido una circunstancia notable á que se asegurase de un golpe su reputación. La casa en que vivía con la familia de su muger estaba situada en la misma plaza que el palacio del virey. Un día, su suegro, siguiendo la costumbre del pais había colocado en el balcon de su casa, como en exposición pública, un *Martirio de San Bartolomé* que acababa de concluir Rivera. El populacho atraído por la vista de tan magnífica obra llenó bien pronto toda plaza, haciendo resonar el aire con sus gritos de entusiasmo. Llegó á tal grado el alboroto, que en la pequeña corte española se creyó que iba á estallar un motin, y que un Mazaniello arengaba al pueblo. Salió armado el virey, se enteró de la causa del desorden, admiró el cuadro y mandó llamar al artista. Su gozo no tuvo limites cuando se encontró con un compatriota. Al momento le nombró su pintor particular, con sueldo correspondiente y le dió una habitación en su mismo palacio.

Así llegó Rivera en dos sentidos, por su casamiento y el favor del virey al colmo de la fortuna, poseía riquezas y consideración. No obstante, tan rápidos progresos no entibaron su ardor por el trabajo y por el contrario, no hicieron mas que dar á su genio ardiente todo el estímulo que esperaba para desarrollarse. Los jesuitas le encomendaron muchas obras para su convento de San Francisco Javier y de *Jesu-Nuovo*; hizo para la capilla del Tesoro, en la catedral, bajo la cúpula pintada por Lafranc, el *San Javier saliendo del horno*, y en fin, para los cartujos el famoso *Descenso de la Cruz*, la obra maestra de los cuadros que Nápoles haya conservado del pintor español.

Muchas de sus obras se difundieron por el resto de Italia y en toda Europa; pero el mayor número de ellas volvió á su patria. Nápoles era entonces una gran provincia de España. Todos los grandes señores que iban allá por gusto, el virey, conde de Monterey, á quien llamaba su Mecenaz, y el mismo Felipe IV, tan apasionado por las bellas artes abrumaron á Rivera con encargos espléndidamente retribuidos. El estudiante miserable de las calles de Roma se hizo en muy corto tiempo el artista mas opulento y suntuoso, el igual de los grandes y los principes. Jamás salía á la calle sino en coche, y su muger iba siempre acompañada de un escudero, circunstancia que formaba, hace dos siglos el limite del lujo y la ostentación. Cuéntase que un día dos oficiales españoles enfatuados con los pretendidos milagros de la alquimia, fueron á ofrecerle una parte de su fortuna imaginaria si quería adelantar los fondos necesarios para las primeras investigaciones de la piedra filosofal. «Yo tambien hago oro,» les respondió misteriosamente Rivera, «vuelvan vds. mañana y les enseñaré mi secreto.» Exactos á la cita, los dos alquimistas encontraron al día siguiente á Rivera en su obrador dando los últimos toques á un cuadro. Llamó á un criado, le dijo que llevase el cuadro en casa de un mercader de cuadros, cuyo nombre le indicó y que le pagara por él 400 ducados; á poco, volvió el criado y echando las monedas sobre la mesa. «Señores, dijo el pintor, ahí tienen vds. oro de buena ley salido de mi laboratorio; yo no necesito mas secreto que ese para obtenerlo en abundancia.»

Parece que Rivera, usando de una extrema rapidez en su trabajo, no podía sin peligro, sostener mucho tiempo semejante esfuerzo y así se había impuesto la regla de no pintar mas que seis horas al día y solo por la mañana. A intervalos cortos venia un criado á avisarle el tiempo que había corrido; lo demas del día lo consagraba al paseo, á

las visitas y sobre todo á las recepciones, porque su casa siempre estaba abierta y su obrador era el punto de reunión, no solo de los artistas sino tambien de los principales personajes de la corte. En su casa fué donde se formaron aquellas *lazzioni di pittori*, aquellos partidos de pintores que en efecto merecian el nombre de facciones pues que hacían la guerra aun con puñales á las escuelas rivales. La *faccion* de Nápoles á cuyo frente estaba Rivera y que no permitía la entrada en esta capital á ningun pintor extraño á su escuela, contaba en su seno á dos espada-chines, dos *bravi*, Correnzio y Caracciolo que rodeados de otros jóvenes turbulentos, sostenian con la punta de la espada la superioridad de su maestro. Asi echaron de Nápoles á los grandes artistas que habian convocado de toda la Italia para concurrir con Rivera á las decoraciones del *Duomo* de San Javier. Annibal Carraches, y otros tuvieron que huir para librarse de los golpes de estos conjurados de nueva especie. Despues de haber huido, como los otros, el Dominiquino volvió sin embargo á concluir la magnífica obra de que se envaneceó Nápoles; pero murió antes de volver á Roma y la voz de envenenamiento que se divulgó á su muerte, prueba á lo menos la probabilidad de este hecho. Jamás se podrian criticar, jamás se podrian condenar bastante estos celos llevados hasta la ferocidad; es una mancha en un artista, que no borran, que no justifican ni la grandeza del talento ni el esplendor de la fama.

Rivera no debió tener envidia de nadie, rico y célebre obtuvo ademas todas las distinciones todas las felicidades que podia proporcionarle su arte. La academia de San Lucas, en Roma, le admitió en el número de sus individuos desde 1650, en el mismo año en que Velazquez fué á visitar á Nápoles, cuando su primer viaje á Italia; y en 1644 el papa le condecoró con la orden de Cristo. El principio de la vida de Rivera fué extraordinario: se ha querido sin duda darle un fin semejante, cuando se ha dicho que habiendo el segundo don Juan de Austria seducido y robado á su hija, Rivera se puso á perseguir al raptor y que desde entonces no se volvió á oír hablar mas de él. Esta anécdota es de todo punto inesacta; se sabe, al contrario, que la hija de Rivera se casó con un caballero español, que fué ministro del vireinato de Nápoles y que el mismo Rivera murió pacíficamente en esta ciudad en 1636 á la edad de sesenta y nueve años.

Aunque compuso todas sus obras en Italia, fué Rivera un pintor español del mismo modo que Nicolas Poussin y Claudio Gelée (el Lorenés) son pintores franceses, porque ambos tambien, nacidos en Francia, vivieron y trabajaron en Italia; Rivera olvidó tan poco su nacimiento, se mostraba tan orgulloso de él, que al firmar sus mejores cuadros jamás dejaba de añadir á las palabras *Jusepe de Rivera* la de *Español*; y ademas porque su estilo era mas español que italiano. En efecto, considerados en general, los pintores italianos son particularmente *idealistas*; buscan lo bello, aun prescindiendo de la verdad y generalmente prefieren mas bien dejar á la imaginacion el cuidado de interpretar su pensamiento y medir toda su estension, que presentar materialmente á los ojos del espectador todos los objetos que deberian concurrir á explicarlo. Los pintores españoles por el contrario, considerados tambien en general tan particularmente *naturalistas*, en el sentido de que buscan la verdad mas bien que lo bello y de que espresan sus pensamientos por la reproducción completa y material de todos los objetos que aquellos abrazan. Murillo, por ejemplo, el que ha empleado, entre todos los maestros españoles mas idealismo y poesia en sus composiciones, no ha recurrido jamás á los símbolos, ó á las alegorias; él vá recto al hecho, aun en los asuntos en que parece faltar el hecho. Si quiere pintar un santo en éxtasis, representará el éxtasis mismo del santo, la aparicion que no existe sino en su espiritu exaltado; pintará el cielo abierto, sus habitantes, su luz, su pompa, y sus maravillas. A la verdad que Murillo no ha visto nunca semejan-

te cosa; pero imagina todo eso mas bien que sobre entenderlo; y si pinta á Jesus en la tierra elevando su alma al cielo por el pensamiento no se contentará con espresar esta idea en los ojos, la actitud y la espresion de la fisonomia del redentor, pondrá en la parte superior del cuadro al Padre y al Espíritu Santo suspendidos sobre nubes; representará en fin por objetos visibles hasta el pensamiento interior.

Entre estos pintores *naturalistas*, Rivera debe ocupar el primer lugar, no solo y sin segundo, pero á lo menos sin superior. Si Velazquez toma á la naturaleza con mas libertad y sencillez, ó mas bien si la acepta tal como es, en cambio Rivera que la acomoda á sus gustos, á sus caprichos, produce efectos mas fuertes y sorprendentes. Podrá, por ejemplo, argüirsele, que exagera á intento las oposiciones de la luz y de la sombra, para producir algunos resultados maravillosos de claro-oscuro; de que elije cabezas de ancianos, calvos y barbudos, manos arrugadas y callosas, cuerpos decrepitos y contornos exagerados para hacer ostentacion de sus conocimientos en la ciencia anatómica muscular; de procurar en general en la eleccion de sus asuntos, en las posiciones y semblante de sus personajes, en los pormenores de las escenas que representa, que sean de lo mas salvaje, mas terrible, mas horroroso y aun repugnante para llevar la emocion del espectador hasta el horror, hasta el estremecimiento. Pero sin embargo, será menester convenir tambien en que esta luz y estas sombras, estas cabezas, estas manos y estos cuerpos, estos asuntos en fin con todos sus pormenores, son posibles, son probables, lo que basta al arte para representar la verdad. Despues deberemos convenir en que están dominados en las condiciones, adoptados por el artista con una fidelidad maravillosa, con una incomparable energia de pincel, y que ningun pintor, de ninguna escuela, ha llevado mas allá, en la ejecucion material de sus obras, la fuerza, la audacia, la grandeza, el esplendor y la solidez. Rivera por otra parte, acaso solo entre todos los pintores, parece haber vencido una formidable dificultad de la pintura que Rembrandt tambien trató de dominar algunas veces; ha resuelto mejor que ningun otro un problema de suma importancia para su arte; y es que sus obras, á nuestro entender las mas acabadas, no necesitan que se les busque un *punto de vista*, y que pueden mirarse desde cualquier parte. Examínese las en sus detalles, de cerca, minuciosamente y con un vidrio de aumento, ó que se las considere el conjunto, el aspecto general, á treinta pasos de distancia, producirán el mismo efecto, el mismo asombro y parecerán siempre hechos para la perspectiva en que se halle el espectador.

Por lo demas, es necesario distinguir en las obras de Rivera los dos estilos que siguió alternativamente, el de Correggio y el de Caravaggio. En el primero parece haberse propuesto huir de todos los defectos que se le pueden notar: en el segundo, es sencillo, dulce, suave, sin acoloramiento, sin exageracion; de esta manera dá menos pábulo á la critica; pero á nuestro modo de ver dá tambien menos motivo al elogio y á la admiracion. No se olvide al juzgar á Rivera que los defectos de su segundo estilo no pueden ser nunca sino cualidades llevadas demasiado lejos. De estas cualidades se muestra mas que generoso, llega á ser pródigo y de ahí no pasa. De modo que criticándole algunas veces se le admira siempre y esto debe decidir la cuestion. No sabemos si nos escederemos algo, pero nos parece que cuando quiere dar gracias á sus obras á la manera de Correggio, se conoce que Rivera tiene alguna dificultad, algun pequeño obstáculo que vencer; se vé evidentemente al hombre, al hombre que quiere luchar por la sola fuerza de su talento, contra el imperio de su caracter y de sus instintos. Al contrario, cuando Rivera trabaja enérgicamente al estilo de Caravaggio, entonces se vé que está en su elemento; que, lejos de

combatirle ó reprimirle, se abandona completamente á su fogosa naturaleza de hombre y de artista, y en fin, que como un río contenido algun tiempo, cede á su ímpetu y se desborda; entonces y solo entonces puede decirse con el poeta;

«Que marcha con su fuerza y libertad.»

En el Museo de Madrid es donde se halla la que pasa por su obra maestra en el estilo suave, la *Escala de Jacob*, (116). Ahora, bien, á pesar de la importancia y la belleza de este célebre cuadro, no titubeamos en decir que para conocer y apreciar bien á Rivera sería mejor estudiar, en el mismo Museo no solo sus *Doce apóstoles*, preciosa serie de cabezas expresivas donde están por su orden todas las edades, desde el joven San Juan, discípulo muy amado, hasta el viejo Santiago el Mayor; no solo su *Martirio de San Bartolomé* (42), el mas famoso y admirable de los cuadros que ha consagrado á este asunto sino tambien su magnífica *Santisima Trinidad*, (204), y hasta su horrible *Prometeo en el Cáucaso* (121). Por lo demas, puede conocerse tambien á Rivera como

á Velazquez en otras partes que en Madrid. Paris encierra en su Museo del Louvre, en algunas galerías particulares y en algunos salones, muchas obras excelentes del ilustre y fecundo maestro que por mucho tiempo ha llenado la Europa con sus obras y su fama.

Rivera ha formado numerosos discípulos, en cuya primera línea es necesario colocar á Luca Giordano. Para uso de estos trazó sucesivamente los *Elementos de dibujo* que despues fueron reunidos y grabados al agua fuerte por el pintor Francisco Fernandez. Estos mismos *Elementos de dibujo*, reproducidos en Paris por la vez primera en 1650, con el título de *Libro del retratista, formado por Josef de Rivera conocido por el Espagnoletto y grabado al agua fuerte por Luis Fernando*, han sido en nuestras escuelas, la guía de los profesores y el manual de los alumnos. Se cuentan ademas, hasta veinte grabados en agua fuerte ejecutados por Rivera con la corrección, delicadeza y vigor que caracterizan las obras de su pincel. Estos grabados son en general raros y preciosos.

LUIS VIARDOT.

GLORIAS DE ESPAÑA.

EL RESCATE DE LAS CIEN DONCELLAS.

I.



N el mes de setiembre de 791, era grande la consternación que reinaba en las primitivas poblaciones cristianas que habian podido fundarse en los elevados riscos de las Asturias. Oviedo, que desde el reciente advenimiento al trono del rey don Alonso II iba á ser, sino la

capital desu estado, por lo menos el sitio preferido de su residencia, participaba mas que ninguna otra poblacion de aquella ansiedad general. Amagaba efectivamente un suceso que cada vez que se reproducia turbaba el reposo y la paz de las familias: los infieles habian tenido audacia para reclamar de Alfonso el pago del torpe tributo pactado por sus antecesores, mediante el cual, cien doncellas cristianas, mitad nobles y mitad plebeyas, habian de ser entregadas en poder de los impuros dominadores de la peninsula. Ya habian entrado en Oviedo los encargados de recaudar aquel infame tributo, ya habian paseado las calles con insultante arrogancia, ya la suerte estaba decidiendo de las victimas, y los árabes solo esperaban retirarse triunfantes con su ansiada presa.

Los habitantes consternados, los ancianos y las mugeres acudian presurosos al templo del santo martir Vicente, aquel templo venerado que habia sido el nucleo de toda la poblacion de Oviedo, y allí pedian á el santo patrono librase de aquella calamidad á las prendas de su cariño. Los jóvenes en tanto, estacionados en la plaza y en las avenidas del templo, manifestaban palpablemente

su disgusto, y en la espresion de sus semblantes se daba á conocer cuan poco les costaria oponerse abiertamente á un tan abominable tributo.

Corriendo como un loco, profiriendo palabras incoherentes y con ademanes de profundo despecho, llega entonces Ordoño, uno de los jóvenes mas bien quistos en la ciudad y que mas partido tenia entre sus compañeros por su nobleza y su valor. Venia tan fuera de sí, que hubiera pasado de largo, si ellos no le salieran al encuentro para preguntarle adonde iba de aquella manera.

—No lo sé, responde: voy á morir, dejadme.

—Dinos que te ha sucedido.

—¿Qué me ha sucedido, preguntais? ¿No sabeis que hoy es el sorteo de las doncellas? ¿No sabeis que amaba á Jimena?

—Si, lo sabemos. ¿Le tocó la suerte á tu querida?

—Hoy la veré por la última vez!

—Tranquilízate, amigo, el remedio es imposible.

—¿Cómo imposible! y vosotros jóvenes compañeros sois los que me habláis así? Vosotros no comprendéis lo que yo siento, ni lo que yo soy capaz de hacer. ¿Cómo así permanecéis tranquilos á vista de un tributo tan vergonzoso? Atended que los dolores que hoy me destrozan el alma vendrán tambien algun dia á martirizar la vuestra. Si sois mis verdaderos amigos, ayudadme: venid, uníos á mí para no permitir tal infamia.

Las animosas palabras de Ordoño hallaron acogida en los demas jóvenes, que desde luego se ofrecieron unánimes á seguirle en aquella empresa; pero uno de los principales habitantes, tan notable por su ancianidad como por su rango, se interpuso así que llegó á entreoir de lo que se trataba, diciéndoles con dulzura:

—Calmaos, mancebos, y no empeoreis mas nuestra situacion con una empresa temeraria en que vais á perderos. No advertís que vuestro intento puede ocasionar una guerra funesta y que ademas os declarais en abierta rebelion contra los mandatos de nuestro rey?

—¿Y qué importa! replicó Ordoño, ¿Qué consideracion merecen esos reyes pusilánimes que no pudiendo rechazar á sus enemigos con la espada en la mano, los han alejado de sus fronteras por medio de tan odioso tributo?

—Jóven, la cólera te ciega y te hace ser injusto. Ninguno de nuestros monarcas ha establecido semejante pacto. Un

bastardo usurpador, Mauregato en fin, como nacido de muger infiel, compró el apoyo de los de su secta para que le sostuviesen en el trono que había usurpado, é inventó ese feudo tan odioso. Nuestro monarca no desea mas que una ocasion de abolirle para siempre.

—¡Pues bien, yo se la voy á ofrecer! Baste ya de contestaciones: el tiempo urge, ¡A las armas! El que tenga valor que me siga.

—Yo te sigo—Y yo tambien—Todos! todos!

Así exclamaron los intrépidos jóvenes, exhalando su cólera con gritos y amenazas, que el buen anciano tuvo cuidado de reprimir, diciéndoles:

—Escuchad mi consejo por la última vez, antes de precipitaros en tal empresa. Para ejecutarla con mas probabilidad del triunfo y sin que al monarca pueda atribuirse participacion en ella, no vayais en su presencia á acometer á nuestros enemigos. Esperadlos, si, fuera de la poblacion en sitio oportuno; cuando se retiren con sus cautivas y disputádselas allí en campo raso, como hombres valerosos que desafian su poder.

Esta idea agradó desde luego á los jóvenes que se convinieron en salir ocultamente de la ciudad, dividirse en varias partidas y juntarse por último en sitio determinado para sorprender á los infieles. Unánimes en esta resolucion se prepararon á ejecutarla con las debidas precauciones, pues si no era de recelar que sus mismos compatriotas estorbasen su designio, era si de temer que los árabes concibiendo algunas sospechas, pudieran evitar el golpe que les estaba preparado.

II.

Lograron los animosos jóvenes verificar su nocturna salida sin contratiempo que revelase su designio. Como su empresa podia graduarse de temeraria, tuvieron buen cuidado de ocultarla á quienes no pudiesen favorecerla, así es que solamente se reunieron los que tenían un interes inmediato en abolir aquel infame tributo, ya temiendo por el objeto de sus amores, ya por alguna hermana cariñosa, ya en fin, estimulados por la amistad de sus compañeros. Salieron cautelosamente de la ciudad, atravesaron los llanos y reuniéndose en el parage convenido, se internaron por los desfiladeros de las montañas. La luna aunque iluminaba débilmente la campiña, producía mil caprichosas sombras en las rocas y en los gigantescos pinos, y solo el conocimiento del terreno valió á los jóvenes para llegar con prontitud al parage que deseaban. Su designio no era otro mas que el de apostarse en cierto punto del camino por donde los árabes habían de pasar: sitio el mas á propósito para una sorpresa, puesto que era una estrecha hondonada entre dos montañas cubiertas de matorrales. Para llegar á él y guarnecer las crestas de las montañas, tuvieron que dar mil vueltas y revueltas, marchando por sendas rápidas y escarpadas donde solo su agilidad y vigor les sostenían, ayudándose en caso necesario unos á otros. Por fin, al amanecer llegaron al sitio designado, tendiéndose á descansar sobre la yerba y respirando el aire puro y embalsamado de la mañana.

La mayor parte de aquellos briosos mancebos no llevaban mas arma que cortos y lisos garrotes; arma sin embargo temible, manejada por sus robustos brazos: otros llevaban venablos de caza; algunos mas dichosos se habían proporcionado una espada, y no faltaba quien había echado mano de los mismos instrumentos y aperos de la labranza. Ordoño á quien su iniciativa en la empresa, mas que la aclamacion de sus compañeros, había constituido en jefe de la cuadrilla, distribuyó su gente como le pareció mas oportuno y esperó sosegado que apareciesen los enemigos. Ya estaba bien entrado el día, ya era la hora en que segun los cálculos de los jóvenes debieran haberse presentado y aun no aparecían; ya empezaban á impacientarse por la

tardanza, cuando se sintió el lejano y confuso rumor que anunciaba la entrada en el desfiladero de la ansiada caravana. Inmediatamente se prepararon los mancebos al combate.

Unos agazapados y rodilla en tierra detras de las peñas que coronaban las crestas de las montañas y prontos á enviar rodando enormes rocas hasta el fondo del valle; otros mas intrépidos, con las armas en la mano ocultos en las quebradas que daban al camino y prontos á presentarse en él á la menor señal, y Ordoño con unos cuantos de reserva para acudir á todas partes, sin que le fuese necesario arengar á todos ni estimular á alguno, porque en todos era igual el valor, igual el entusiasmo.

No bien se halló en el centro del barranco la caravana en que venían las afligidas doncellas, cuando empezó una terrible vocería que repitieron los ecos de las montañas, al mismo tiempo que gruesas peñas desgajadas desde su cima, bajaron cobrando nuevo ímpetu en el descenso, á lastimar y magullar á los caballos de la escolta que iban abriendo la marcha. Los animales heridos empezaron á encabritarse, y los pocos ginetes que no vinieron al suelo, al ver arriba muchos hombres que lanzaban sobre ellos piedras enormes, trataron de librar sus vidas escapando cuanto antes de aquel atolladero. No sucedió lo mismo con los árabes que venían cerrando la marcha de la caravana. Hallábase entre ellos el jefe de la expedicion, musulman notable por sus gigantescas formas y su fiera, el cual conociendo desde luego el objeto de aquel imprevisto ataque, reunió los valientes que aun le quedaban, y formó círculo al rededor de unas especies de literas conducidas por esclavos en las que iban las doncellas de mas valer, en concepto de los árabes, para ser el ornato de un voluptuoso harem, y sin poder evitar que otras doncellas no tan bien resguardadas, pasasen á unirse á sus libertadores. Al mismo tiempo una porcion de hombres diversamente armados, saliendo por las quiebras de la montaña, dieron en ellos con ímpetu furioso. Allí se vieron rasgos de valor desesperado: allí cinco ilustres hermanos, Pedro, Sancho, Ferrando, Suero y Alfonso, viéndose sin armas, desgajaron fuertes ramas de higuera y con ellas lidiaron hasta libertar á dos hermanas suyas que los árabes llevaban, mereciendo despues por tal hazaña el apellido de Figueroa y siendo los progenitores de este esclarecido linage. Los árabes fieles á su deber y á su caudillo, sostenían el combate sucumbiendo uno á uno, no tanto á manos de los enemigos que de cerca les acometían, como á los certeros golpes que les dirigían desde lejos. En tanto el audaz caudillo, haciendo una seña de inteligencia á los esclavos, tomó de sus brazos una hermosa joven y colocándola bruscamente en el arzon delantero de la silla, ciñendo su delicado talle con su nervudo brazo para que no viniese al suelo, hincó las espuelas á el caballo arremetiendo con furia para abrirse paso, derribando á los que delante tenía.

Ordoño lanzó un grito de cólera al reconocer á Jimena y partió tras de su infame raptor; pero era imposible alcanzarle. Levantó el joven el venablo que en la mano tenía y conociendo al arrojarle hacia su enemigo que podría acaso herir á su querida, le dirigió á las ancas del caballo donde fué á clavarse el afilado hierro. Dobló el caballo las rodillas, como si no quisiera ofender á su dueño en su caída, y el árabe tuvo tiempo de ponerse en pie y prepararse á recibir á Ordoño; aunque sin soltar por esto á Jimena. La agarró sin miramiento del brazo con su ferrea mano, como el buitre que clava sus uñas en la tímida paloma, é interpuesto entre aquella muger pálida, despavorida y medio arrastrada por el suelo, y su generoso amante, osó insultarle todavía, blandiendo su terrible cimitarra. De improviso el caudillo árabe lanza un grito agudo, vacila sobre sus plantas y vuelve el acero hacia Jimena para hacerla victima de su venganza; pero antes recibe de manos de Ordoño el golpe mortal que le hace

rodar por el polvo y Jimena cae en brazos de su amante.

En los violentos ademanes que hizo el árabe para resistir á Ordoño y sujetar á Jimena, se desprendió de la vaina el puñal que al cinto llevaba, y vino á caer en el regazo de la jóven, que animada con el peligro que corría

su amante y creyendo de buena fé, que el cielo ponía en sus manos aquel arma, tuvo audacia para clavarla en el costado de su opresor, causándole una herida, sino mortal, suficiente al menos á distraerle é impedirle se defendiera del golpe funesto que Ordoño le dirigió.



III.

El atrevimiento de los jóvenes y el feliz resultado de su arrojo no podía menos de mover cruda y pronta guerra entre los pueblos cristianos de las montañas, y los orgullosos dominadores del resto de la Península. Envanecidos por las rápidas y fáciles victorias que les habían hecho dueños de un inmenso y feraz territorio; alentados con las discordias y contiendas de familia que desde su mismo origen brotaron en el seno de la monarquía cristiana, no perdían la esperanza, antes al contrario, esperaban el momento favorable, de apoderarse de aquellas hasta entonces inaccesibles montañas y tremolar en ellas el pendón del Islamismo. Grande fué pues su sorpresa y su cólera, cuando supieron que la provocación venía de aquellos mismos pueblos á quienes juzgaban tan abatidos. En concepto de los infieles, la conformidad con que se pagaba el tributo no era mas que un indicio de la debilidad ó cobardía de los monarcas de Asturias; por mas que estos pretestasen para satisfacerle una razón de estado. Era por tanto indispensable sofocar cuanto antes aquel amago de insurrección y vengar aquel desaire. Por esta causa los valles y gobernadores de la frontera, sin esperar las órdenes de su señor, el poderoso emir de Córdoba, antes bien seguros de su consentimiento y aprobación, declararon guerra al rey don Alfonso y juntando aceleradamente las fuerzas de que pudieron disponer, movieron un campo volante en busca suya.

Susurrábase ya en los pueblos cristianos la temible borrasca que se preparaba; sabíanse los preparativos de los infieles y no se dudaba de que volverían á reclamar el tributo con todas sus fuerzas. Sin embargo, era tanto el deseo de verse libres de aquel odioso tributo y tantos los interesados en su abolición, que estas noticias no inspiraban el es-

panto de otras veces y mas bien preparaban los ánimos á una lid honrosa. Los jóvenes autores de aquella guerra, después de haber enviado á las doncellas con toda seguridad al seno de sus familias, habían ido á ocultarse en las montañas con los despojos, armas y caballos de sus enemigos, pues temerosos de la indignación de su monarca y recelando las consecuencias de su arrojada acción, no querían presentarse, hasta ver el giro que tomaban unos acontecimientos de que habían sido promovedores. Sabíase el parage en que se ocultaban y nadie pensaba inquietarlos, en la persuasión de que si llegaba el momento de la pelea, serían los primeros á dar pruebas de su valor.

Por lo que hace al rey don Alfonso, participaba del entusiasmo de sus pueblos. Si hasta entonces se había conformado á pagar el tributo era porque no bien asegurado en su reino y no atreviéndose á contrarrestar el colosal poder de los infieles, temió atraer sobre sus súbditos las consecuencias de una lid desigual y funesta; pero una vez lanzados, ya no era ocasión de volver atrás, ni de suscribir con ignominia á un vergonzoso tributo, sino de recharle con indignación y firmeza. Ni era de esperar otra cosa del monarca á quien su ejemplar conducta y virtuosos sentimientos han perpetuado con el renombre de *Casto*.

Aprestóse á recibir á los infieles apenas supo que habían invadido sus estados, y como las fuerzas que aquellos traían superaban en la mitad á todas cuantas él pudiera reunir, resolvió aprovecharse de las ventajas del terreno, aprendiendo en el ejemplo de sus jóvenes vasallos. En el año de 791 y en un desfiladero cerca de Ledos en Asturias se encontraron las dos huestes, siendo los árabes los primeros en acometer. Cargaron con tal brío, con tan atrozadora vocería y con tan furioso impetu de sus corceles que la infantería y la gente menuda de los cristianos se desor-

denaron desde luego. El rey, sin embargo, no se movió de su sitio, antes blandiendo sus armas empezó á reanimar á grandes voces á los que daban señales de abandonarse á la fuga. Esta circunstancia atrajo hacia él todo el grueso de sus enemigos. Acudieron presurosos todos los cristianos campeones á defender á su rey, formando al rededor de su persona, de las gentes de su servidumbre y de algunos sacerdotes que entonaban plegarias al cielo, un anchuroso círculo guarnecido de erizadas lanzas en las que venían á clavar los enemigos mas audaces en arremeter. Aquellos fornidos infanzones formaban con sus apiñados cuerpos cubiertos de hierro una impenetrable muralla en que venia á estrellarse todo el poder de sus enemigos, sin que ninguno de ellos pensase en ceder el puesto que allí defendia, por mas sangre que corriese de sus heridas. Impacientes algunos ginetes árabes por no poder superar aquel obstáculo, y confiados en sus excelentes caballos, trataron de salvar de un brinco aquella valla de lanzas, cayendo temerariamente dentro de aquel palenque animado. Ya tomaban la parte del campo necesaria para venir con el debido empuje en su carrera, cuando la grita y la polvareda que empezó á elevarse en uno de los costados de la batalla, llamaron la atención de todos. Ordoño y sus valientes compañeros, saliendo de una nube de polvo, aparecen entonces en lo mas recio de la pelea, hiriendo y matando con encarnizado rencor. Esta aparición desconcierta á los bárbaros que no sostienen la lid con su primitivo vigor;

los que defendian al rey don Alfonso acuden á reforzar á sus compañeros; los decaídos cobran nuevo brío, y entonces llega la hora de esterminio para los infieles. Setenta mil quedaron en el campo, segun el testimonio de los historiadores, en esta primera jornada por el rescate de las cien doncellas, tan gloriosamente confirmado años despues en Albelda y en Clavijo. La influencia moral de esta batalla fué inmensa por otra parte, como que abrió camino á don Alfonso para conquistar toda la Galicia y llevar el terror de sus armas hasta las márgenes del Tajo, introduciendo la abundancia y grado de civilizacion compatible con la época en todos los pueblos conquistados.

Concluida la batalla, los jóvenes fueron llamados á la presencia del rey que tendió la mano á Ordoño, cuyas armas asi como las de sus compañeros, abolladas y teñidas de sangre, revelaban cual habia sido su intrepidez en la pelea.

—Gallardos mancebos, les dijo el monarca, vuestra generosa accion me ha libertado de incurrir en la infame nota que toda la posteridad hubiera lanzado sobre mí..... estoy satisfecho de vuestra conducta. Id á descansar en el seno de esas familias que habeis noblemente amparado, á obtener el primer galardón en la gratitud de vuestras hermanas y en el afecto de las que pronto han de ser vuestras esposas. Yo me reservo el premiar debidamente vuestro valor y vuestra constancia.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

VIAGE POR LA ITALIA.

LIORNA.



la mañana siguiente á las siete tocábamos en el muelle de Liorna. Recibimos aunque no con tanta rigidez, la visita de la sanidad, cuyos agentes están vestidos con chaquetones de paño pardo y una bandolera azul á manera de los guarda-bosques de España. A las nueve desembarcamos.

Vimos su excelente y seguro puerto construido por los planos del célebre conde de Warwick, protegido por tres fuertes, con un hermoso faro enfrente construido sobre la roca en 1505, por la república de Pisa, edificio ligero, elegante, verdaderamente admirable, compuesto de dos torres sobrepuestas. Entre las dos puertas de la ciudad hay una dársena que puede contener hasta noventa navios, hecha por Fernando de Médicis fundador de la nueva Liorna, cuya estatua colosal de mármol está en el muelle escitando la admiración de los extranjeros, cuatro figuras accesorias de bronce representando cuatro esclavos africanos encadenados, modelo de Pedro Tacca. Este es el único monumento que encierra esta ciudad que parece extraña á la Italia.

Lo que distingue todas las ciudades de la Italia son los monumentos de las artes, los recuerdos gloriosos de la historia. De recuerdos y monumentos carece Liorna. Ni Liorna puede envanecerse de un alto origen, ni de haber consagrado su existencia con las obras del genio. Liorna con sus riquezas, con sus 75,000 almas es solo

una aventurera que ha llegado á ser una gran señora.

La ciudad de Rómulo fué en sus principios un asilo abierto á todos los vagos de la tierra, y concluyó por ser la señora, la dominadora del mundo. Liorna comenzó como Roma, pero se ha estacionado en su principio. Ha abierto su puerto franco á los ingleses que nada tienen que hacer en Inglaterra, á los americanos que América desecha, á los españoles que su patria arroja de su seno, á los franceses verguenza de la Francia, y de todos estos países se ha formado con muy pocas escepciones un pueblo, y este pueblo es la flor de la canalla del mundo.

Al saltar en tierra, lo que primero llamó nuestra atención fueron los galeotes condenados á trabajos públicos, hombres á quienes el crimen habia reducido á la condicion de bestias, cuyo servicio hacian uncidos á un carro transportando arena y materiales para la construcción del muelle. En sus vestidos, amarillos unos, encarnados otros, llevan sobre la espalda escrito el crimen que motiva su condena, y nos estremecimos de horror al leer sobre algunos de ellos; por *homicidio premeditado*, por *asesinato* y *robo á mano armada* y otros. La pena capital no se aplica jamás en Toscana. Aquellos infelices nos pedian limosna deseándonos un feliz viage, que podria muy bien serlo puesto que ellos estaban encadenados.

Lo que pasma apenas se pone el pie en el muelle, es la corriente tumultuosa de las gentes que se agitan en las calles y el carácter tan estrañamente variado de sus tipos. El viagero se vé acosado, sitiado, perseguido tenazmente por una porción de hombres que le ofrecen todos á la vez, unos sus servicios, otros sus mercaderías, otros *regazze* ó sean mugeres, preocupados todos de un solo pensamiento fijo, esclusivo, la ganancia, viéndose en sus fisonomías estrañas, y en sus vestidos un pueblo compuesto de todos los pueblos del mundo. Fatigados sin poderlos desembarazar de los hombres que nos perseguían,

sin que en esto haya hipérbole ó exageracion, entramos un momento en una iglesia que hallamos al paso, y donde en vano buscamos un asilo.

Los hombres nos aguardaron á la puerta.

Era la iglesia de Santa Julia, y estaban diciendo una misa segun el rito griego. A nuestra salida hallamos á

nuestros implacables perseguidores: capitulamos con ellos diciéndoles que despues de almorzar, que era nuestra primera necesidad, veriamos sus mercaderias, y comprariamos algunas de ellas, y tomamos por nuestro guia á uno de ellos, que era un francés, y el que nos libertó de tan molesto acompañamiento, y nos condujo á una de las me-



Vista general del puerto de Liorna.

jores fondas, llamada el Giardinetto, donde sirven muy bien.

Nos propusimos recorrer la ciudad. Como Liorna no tiene poblacion propia, sino que es una ciudad compuesta del desecho de los habitantes de todo el globo, es una ciudad sin monumentos, sin recuerdos, sin poesia. ¿Qué ornamentos, que grandes creaciones del arte podrán darle hombres que nada le deben, que interes pueden tener en su adorno y en su gloria extranjeros que solo piensan en reunir lo mas pronto posible, y por cualquier medio, el botin que sueña su avaricia, para marchar despues á gastarlo en su pais ó en otra parte? Nada hermoso, nada grande debe esperarse en un pueblo donde habitan en tan crecido número los extranjeros.

Una sinagoga es el solo monumento notable que presenta Liorna. Ciudad de judios, diríase que es un monumento alegórico. Es sin disputa el templo mas suntuoso que tienen los israelitas. Sus tres altares, donde se guardan los libros de la ley, son de riquisimos mármoles, y el principal de lapizlázuli, y al rededor de la cornisa del templo se lee en lengua castellana: *sumisos á Dios y obedientes siempre á los principes*. Sin duda fué construida esta sinagoga por los judios espulsados de España.

En Liorna hay templos de todas las religiones. Visitamos un templo armenio cuyos altares son en un todo semejantes á los de los romanos, y sus santos los mismos. En la iglesia griega, la primera que hemos visto de esta clase, no hay mas que un solo altar con la cruz santa de Cristo, separado del cuerpo de la iglesia por una valla ricamente adornada, y donde están los spiridiones ó santos griegos todos de plata, excepto el rostro que es del lienzo del cuadro. Once son las iglesias católicas de Liorna.

La catedral que se halla en la plaza principal, es un edificio poco notable en su exterior, pero tiene un magnifico techo, y un cuadro de su patrona Santa Julia pintado por Cazzarini y regalado por el actual gran duque de Toscana.

El palacio del gran duque está tambien situado en la plaza principal, es sencillo y pequeño, aunque de buena arquitectura moderna. La guarnicion de Liorna perfectamente vestida, estaba sobre las armas porque aguardaba la llegada del duque desde Pisa.

A falta de monumentos ocupámonos en visitar los principales establecimientos comerciales. En los almacenes de Micali admiramos en marmol de Carrara las copias de casi todas las mas bellas estatuas de los museos de Italia que esportan para la América principalmente, contemplamos las magnificas mesas de escayola con sus primorosos dibujos, y lo arreglado del precio de estos géneros, tan raros y tan costosos en España y Francia nos sorprendió.

En el bazar turco del judio *Salvator Arbid* vimos uno de los mas ricos depósitos de Europa para cachemires, plumas y telas orientales y géneros bordados riquisimamente de oro y plata. *Arbid* pide ordinariamente una cuarta parte mas del precio de sus géneros que no rebaja sino á la última hora. Yo he visto á una de las señoras inglesas que venian en el vapor con nosotros ofrecer por un hermoso cachemir negro 1,400 francos. *Arbid* pedia 1,800. La siguió á todas partes por la ciudad, bajando progresivamente, y cuando por la tarde tomamos todos los viajeros el bote para trasladarnos al vapor, *Arbid* todavia desde el muelle gritaba á la señora inglesa, 1,500 francos. Próximamente ya á partir llegó el judio en una lancha á someterse

á lo ofrecido y traer á la señora el hermoso cachemir; un minuto despues ya habiamos partido de Liorna. Esto, dá una idea de la constancia con que los vendedores persiguen á los extranjeros.

No son mas desinteresadas las gentes del pueblo, en extremo serviciales y oficiosas. Mientras mis compañeros de viage fueron á hacer unas cuantas compras, permaneci yo aguardándoles en la plaza principal, y con objeto de presenciar la llegada del gran duque. Me detuve en una esquina á leer los anuncios del teatro y de los vapores que cruzan el Mediterráneo. Mientras yo tenia fija la vista en los carteles un hombre se colocó á mi lado, y se puso á leer los anuncios en voz alta y bien inteligible. Pensé desde luego que este buen hombre no tenia mas idea que hacer ostentacion de su instruccion en leer correctamente, pero bien pronto me hizo salir de mi error. No era una necia vanidad la que le hacia tomarse este trabajo sino su codicia. Apenas habia terminado su lectura, con una graciosa sonrisa y con términos muy obsequiosos, reclamó el salario de su trabajo. Habia querido, me dijo, evitar á *mi excelencia*, titulo que indistintamente dan á todo viagero en Italia, el trabajo de leer por mi mismo. Se habia instalado en lector oficial mío y reclamaba el pago de su empleo. Yo le respondí que *mi excelencia* no tenia la costumbre de pagar á sus lectores, y que este cargo cerca de *mi excelencia* era puramente honorario.

Pocos momentos despues y deseoso de reunirme á mis compañeros de viages, habiendo encontrado á un hombre de buena traza y bien vestido, le pregunté por la calle Ferdinanda, que es una de las mas hermosas de Liorna, me dió las señas con la mayor atencion y urbanidad, y le di las gracias, cuando en su humilde actitud y en el estender la mano conocí que aguardaba otra recompensa. Esto me hizo desear perder de vista cuanto antes á Liorna *urbem venalem*.

Las calles de Liorna son rectas, espaciosas y perfectamente empedradas. La parte septentrional de la ciudad está atravesada, como Venecia, de canales para traer las mercancías hasta las puertas de los almacenes, por lo que este cuartel se llama la *nueva Venecia*.

La ciudad es hermosa, sus habitantes detestables, sitiadores tenaces del extranjero á quien procuran engañar y sacar por todos los medios el dinero. La vida, el movimiento que se nota en la poblacion no es ya animacion y actividad, es confusion, tropel, baraunda, es como la agitación de la multitud en una noche de máscaras, que tales parecen sus habitantes por la prodigiosa variedad de sus trages. Cuando en nuestra España para denotar el desorden y la confusion se dice: *Esto es una Liorna*, se espresa una idea exacta, una metáfora justamente aplicada.

Las mugeres de Liorna no tienen trage característico y presentan como los hombres en sus vestidos el tipo de la nacion á que pertenecen, ó de que se deriban. No tienen la modestia ni la gravedad de las de Génova, y mas de cuatro veces tiene el viagero que resistir á sus provocaciones.

A las cinco, salimos de aquella Babilonia, y nos volvimos al vapor.

El gran duque de Toscana, Leopoldo II, y la gran duquesa en una elegante falua tripulada por veinte remeros perfectamente uniformados y dirigida por un general de la marina toscana, recorria las aguas del puerto. Detúvose delante del vapor, subió á él, lo visitó detenidamente, saludó afable á los viageros, dirigiéndoles algunas palabras, y despues permaneció largo tiempo paseando por el muelle para presenciar la salida del buque. El gran duque de Toscana es un hombre de 40 años, de aire noble y bastante buena figura. La gran duquesa de Toscana es hermana de la reina Cristina de España, algun tanto parecida á esta augusta señora.

Detúvonos algo la visita del gran duque, y despues de

aguardar á que él se hubiese situado en tierra en punto conveniente para vernos salir, perdimos de vista á Liorna á esa ciudad sin habitantes propios, mercantil solo, cuyo incremento vá en auge y que será bien pronto tal vez tan grande como Florencia.

El capitán nos habia prometido que al amanecer estaríamos sobre el muelle de Civitavechia, que allí encontraríamos carruages dispuestos para recibirnos y que por la noche podríamos entrar en la antigua capital del mundo.

Apesar del fresco de la noche, permanecimos varios viageros sobre cubierta, porque queríamos ver al pasar la isla de Elba.

Las diez serian de la noche cuando se presentó á nuestra vista esa famosa isla, y con ella todos sus recuerdos. Desde esa isla el leon de Górcega, rota su cadena, se lanzó sobre el continente para reconquistar solo, absolutamente solo, un imperio. Grande, terrible leccion que de un modo solemne dió Dios á los soberanos de la tierra! Un hombre se presenta solo para apoderarse de la Francia, y se apodera de ella. Ese mismo hombre sobre el trono, rodeado de numerosos ejercitos, es á los cien dias abandonado de todo el mundo, y llevado cautivo sobre una ardiente roca del Atlántico para terminar allí su gloriosa y aventurera existencia!!!

Bien pronto desapareció de nuestra vista la isla de Elba, prision del grande Napoleon, pórtico del sepulcro de Santa Elena!!!!

Lleno de estas melancólicas ideas me arrojé sobre mi camarote y al despertar á la mañana siguiente nos hallamos en el puerto de Civitavechia.

CIVITAVECHIA.

En Civitavechia, al desembarcar el viagero, halla la misma comodidad, la misma favorable acogida que podria encontrar en las cabañas de los salvages arrojado por la tempestad sobre una costa inhospitalaria. La civilizacion en esta ciudad á cuatro pasos de Roma, es lo que puede ser en alguna de las islas del mar del Sur.

Al desembarcar, una multitud de gentes sin aguardar nuestro mandato, se apoderaron de nuestros equipages para llevarlos á la aduana, que mas propriamente podria llamarse una caverna.

Estos hombres, de rostro repugnante, ojos voraces, cabellos á lo Robinson, color de cobre enmohecido, nos demandaron por los cuatro pasos que habian dado con nuestro equipage una cantidad escesiva. Se les negó, y se espresaron con las mas horribles blasfemias y juramentos. Hubo pues, que levantarles el grito, que pronunciar las enérgicas interjecciones españolas, mil veces mas espresivas que el *accidente in tua ánima*, que es el juramento ordinario de los italianos romanos, enseñarles los puños, y aquella turba blasfema, servil y cobardé entró en órden.

Es la avaricia de los habitantes de Civitavechia imponderable, así como su mala fé. Habiamos ajustado con un *voiturino*, nombre que se da á los alquiladores de carruages, un coche entero para nosotros tres; pero el *voiturino* en el coche habia metido seis personas mas, exigiendo que nosotros fuésemos en la delantera bajo un mal cobertizo que llamaba *cabriolé*. Indígnome tan mala fé; pero como ya habia cargado nuestros equipages sobre el imperial del coche, hubo que tener una segunda pelea para hacerlos bajar.

Lo logramos al fin, y tomamos una silla de posta, pues á todo trance y á cualquiera costa queríamos salir de Civitavechia.

Interin enganchaban los caballos fuimos á una de esas casas que se glorifican con el nombre de *hotel*. Subimos una escalera que hubiéramos mucho mas deseado bajar, entramos en una espaciosa sala, y pedimos de almorzar, *collationi*.

Después de una hora de aguardar, nos trajeron un trozo de carne asada chorreando sangre, tres ignominiosos pescadillos que acababan de coger con caña en el puerto, y en la tierra clásica del Cecubo y del Falerno nos sirvieron un vino que nos hizo encontrar excelente el agua que es de malísima calidad, y a la que muchos historiadores atribuyen el poco desarrollo de esta población que no pasa de 8,000 almas, sin embargo de la mucha protección que la han dispensado varios pontífices, entre otros Benedicto XIV y Urbano VIII.

La cuenta por los tres exigía después de un raquítico almuerzo 40 paulos; 80 reales!! El fondista al embolsárselos se sonreía con una sonrisa de demonio, y yo me admiraba de como en los estados del papa estas gentes están en los hoteles y no en la fortaleza misma de Civitavechia, donde se halla encerrado el famoso *Gasparoni*, terror un día de la Italia, y cuya historia es horrible, y nos contaba el dueño del hotel para hacernos mas corto el tiempo que nos hizo aguardar el almuerzo.

Entramos en la silla de posta... la silla era muy mala, los caballos excelentes, y el postillon con uniforme, con la tiara y las llaves del cielo bordadas en los brazos. El servicio de postas está perfectamente montado en los estados del papa y en toda la Italia.

Al fin íbamos á ver á Roma, que en medio de sus eternas grandezas iba á aparecer á nuestra vista como una de aquellas revelaciones bíblicas que petrificaban la pupila de los viejos profetas. Roma era aun para nosotros un misterio que duerme detras del velo del porvenir. A algunas leguas de aquí, cuando tres veces haya mudado de caballos ese postillon que los azota sin cesar entonando una melodiosa cancion, caerá la cortina, y lo que largo tiempo fué un sueño será una realidad.

El camino que conduce á Roma desde Civitavechia es la antigua via Aureliana, de catorce leguas, camino que en nada se parece á los que conducen á las grandes capitales de Europa. Su aspecto es rústico, solitario, va serpenteando al pie de una montaña siguiendo muchas millas muy de cerca la costa del mar. De tiempo en tiempo se aleja de sus orillas, y teme uno no volver á verlo mas; pero de repente al doblar un recodo vuelve uno á encontrar el Mediterráneo en este camino anfibio, que por un lado guarnecen los árboles del bosque y esmaltan las verdes praderas de algunas llanuras, y por el otro embellecen la mar, la mar inmensa cuyas olas vienen á estrellarse hasta los pies de los mismos caballos, mezclando el ruido de su espuma al de las alegres campanillas de que están cargados sus collares.

Otra vez nos separamos del mar.... pero esta vez nos internamos en la tierra perdiendo luego de vista nuestro armonioso compañero.

El camino ofrece desde entonces menos contrastes pintorescos, pero los campos presentan todas las apariencias de una risueña fertilidad, cerros cubiertos de viñedo, colinas cubiertas de verdes árboles, y de distancia en distancia aldeas y castillos arruinados.

Muy diferente es el aspecto de los habitantes. Los seres humanos que encontramos en medio de tan fértil y bella naturaleza, parecían pertenecer á otro pais. Hombres en la mayor parte envejecidos, antes que por la edad, por una precoz decrepitud, mugeres de rostro y color febril, mal vestidas, muchachos cubiertos de arapos y miserables. Chocante es bajo tan hermoso cielo y en tan bellos campos tanta miseria.

La miseria de los habitantes de la campaña de Roma, ha sido objeto de la consideracion de diversos escritores. Alfieri, lady Morgan con el desprecio de una protestante contra el gobierno pontifical, Bonstetten lleno de filantropía.

Llegamos á San Paulo, donde hallamos á todos los voiturinos que habian salido antes que nosotros y que conducian las familias inglesas y francesas que habian ve-

nido con nosotros en el vapor, los que se hallaban desesperados, pues habiéndoles prometido conducirlos aquella misma noche á Roma, habian á la segunda parada desenganchado los caballos, y hasta la media noche no trataban de salir, para llegar ya muy entrado el dia siguiente. Mudamos nuestros caballos, hicimos un cortés besamanos á voiturinos y pasajeros y seguimos nuestra marcha.

A la caída de la tarde divisamos el *Soracte* hermosa montaña que corta el horizonte con sus azulados contornos, y cuya cima cubierta de nieve aparecia rosada herida con los últimos rayos purpúreos del sol en su ocaso.

Esa montaña lejana emblanquecida de nieve que Horacio mostraba á su amigo invitándole á gozar las delicias de la vida. ¡Cuántas reflexiones suscitó en mí el aspecto de ese lejano monte!

Me trasladó mi imaginacion á la época en que el favorito de Mecenas escribia á Talarque estos versos de la oda latina que tantas veces habia traducido en el colegio de las Escuelas Pías.

Vides ut alta stet nive candidum
Soracte, nec iam sustineant onus
Silvæ laborantes gelu quæ
Flumina consisterint acuto?

Euh fugaces, postume, postume
Labuntur anni.....

¡Ves como el blanco Soracte levanta al cielo sus sublimes nieves, como sus árboles doblan su copa al peso del hielo y como sus arroyos helados han parado su curso?

Cuán rápidos ay! corren los años!!

Dos mil años hace que hablaba así Horacio de la rapidez de la vida, dos mil veces se ha derretido desde entonces la nieve del Soracte, dos mil veces ha vuelto el invierno á coronarla con sus hielos! ¡Cuántos viajeros desde entonces han saludado la poética montaña recordando esos mismos versos, y han ido á morir á otra parte!

Yo á mi vez he admirado la magestuosa cima que se levanta del horizonte romano, y bien pronto como ellos habré dejado de existir, sombravana, efimera, existencia tan precedera como esa nieve del Soracte que tal vez hará derretir el sol de mañana. Consolador, empero, es que si el hombre es una criatura de tan frágil y corta duracion, puede algunas veces dejar eternos é indelebles recuerdos de su paso en la tierra. Dos mil años hace que un poeta escribia á su amigo una oda sobre algunos copos de nieve, y estos versos se repiten aun hoy dia por todo el mundo, y hacen vivir por siempre su nombre.

A una larga legua después, y entre un inmenso resplandor por estar iluminada Roma por ser el undécimo aniversario de la coronacion del papa Gregorio XVI, divisamos la cúpula de San Pedro, faro sublime que indicaba á nuestra vista desde larga distancia el sitio donde se hallaba Roma. La ciudad de las siete colinas, de los edificios gigantescos estaba aun oculta por las sombras de la noche, por los cerros que nos separaban de ella.

De todos los monumentos, templos, columnas, teatros, iglesias, pórticos, obeliscos, uno solo se revelaba á nosotros, el templo de San Pedro. Reinaba el piadoso silencio de las primeras horas de la noche. Roma aparecia á nuestra vista por la primera vez asentada en medio de un silencioso desierto, como la antigua Jerusalem llorando sus dias de alegría; reina destronada meditando lejos del ruido del mundo sobre la nada de las grandezas humanas, viuda muda y pensativa inclinada sobre sus vestiduras de luto. Mas si el silencio era un emblema que rodeaba á la ciudad viuda de un pueblo rey, los resplandores de la iluminacion

que doraban sus edificios, eran también un magnífico emblema de la corona de oro sobre la frente de esta ciudad reina aun. Era la aureola celeste que Dios suspendía sobre su cabeza, en memoria de su largo martirio.

Viniéronseme entonces á la memoria los magníficos versos del Tasso, en el momento que el ejército de los cruzados divisó desde las colinas de Judea los primeros edificios de Jerusalem.

Ecco apparir Jerusalem si vede,
Ecco additar Jerusalem si seorge,
Ecco da mille voci unitamente
Jerusalem esalutar si sente.

¡Ah! siempre me acordaré del silencio, del resplandor que rodeaban á Roma á la hora de nuestra llegada!

En vano al entrar por la puerta Caballegiera, que es del siglo XV, quiere uno recogerse en sí mismo y abandonarse á la primeras reflexiones que le inspira Roma. Un majadero cualquiera le pide á uno su pasaporte, le detiene

un cuarto de hora para darle en cambio un mal pedazo de papel impreso, donde hay un número y una bárbara fórmula obligando al viajero á ir á recoger su pasaporte á la policía, sopena de ser mirado como sospechoso, y condenado á una multa que jamás dejan de exigir. Piden seis paolos (12 rs.) por esta tiránica operación, y apenas han dado unos cuantos pasos, y trata uno de volver á tomar el hilo de sus interrumpidas meditaciones, es preciso detenerse en la aduana. Pensábamos en la antigua Roma, en sus gloriosos héroes, en su gloria, pero no era tiempo de héroes ni de gloria, sino de abrir las maletas, de ajustarse vergonzosamente con los aduaneros para que no vaciasen en el suelo hasta el fondo de ellas.

Regatease la cantidad en virtud de la cual habian de faltar á su deber los aduaneros pontificales, nos convenimos, y pasamos sin registro alguno, ni aun por mera fórmula.

Aun despues de concluidas estas vejaciones no pudimos entregarnos á la poesia que prestaba la vista de Roma iluminada, el sombrío castillo de Sant-Angelo, ma-



Vista general de Roma.

sombrío aun con el velo de la noche, y que revelaba la magestad del pueblo rey. Tuvimos que abandonar todo pensamiento y fijar todo nuestro cuidado en los equipages, pues desde la aduana una cohorte repugnante de mozos, comisionistas y gandules rodeaba nuestra silla disputándose con voz agudatosa el derecho de llevar al hotel nuestro bagage.

Algunos de ellos se adelantaron á cortar las cuerdas para descargarlos. Así que nuestros ojos no se separaban de la turba de los fachinos guardándonos bien de mirar ni un solo instante, los fragmentos de columnas, los monumentos, los palacios iluminados por donde pasábamos, esforzándonos en violentar nuestra natural curiosidad, para no tener alguna imprudente distracción. Llegamos al fin á diversos hoteles, pero, es vispera

de carnaval, y millares de extranjeros de todas las naciones curiosos como nosotros han ocupado todos los cuartos hace tiempo. En vano pedimos en varios de ellos el mas pequeño cuarto por estrecho que fuese, los dueños con una magestad irónica de mayordomos triunfantes nos contestan que hace ocho dias que no han podido recibir á mas de quinientos viajeros.

¡Oh antiguos tiempos de la hospitalidad romana, en que sin mas que sacudir el polvo del camino el viajero encontraba asilo en la primera puerta que llamaba. Colocaba detras de la puerta el bordon de peregrino, y se sentaba en el hogar doméstico, siendo servido y festejado de todos!

A nosotros nos fué preciso hacer y deshacer veinte veces el mismo camino, llamar á todas las puertas y ningun-

na se abría, y siempre el ojo fijo y alerta sobre los *fachinos*; correr los *albergos* y experimentar en todos una negativa eterna, variada en todos los tonos y bajo todas las fórmulas, en fin, cansados, fatigados, abatidos, desencantados, nos detubimos delante de una casa de un capitán de la guardia suiza del papa, donde en consideración a nuestro embarazo y pena, mediante 60 paolos diarios (120 reales) nos cedieron una muy buena habitación y tres camas.

Los *fachinos*, que nos seguían después de tres horas

que duró nuestra peregrinación en busca de cuarto donde pasar la noche, se apoderaron del equipage. En vano nos escalonamos en el pequeño tránsito desde el portal al cuarto principal para evitar la sustracción de efectos de que ordinariamente son víctimas los extranjeros a su llegada a Roma. No bastó tanta vigilancia para que no nos hubiesen robado un magnífico antejo de larga vista, inglés, y un capote de barragán que dos días antes habíamos comprado en Liorna.

J. MUÑOZ MALDONADO.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DE LOS JUEGOS FLORALES

Y DE SU ORIGEN.



En todos los tiempos y países han acostumbrado los hombres a catar el talento de sus semejantes con el mayor respeto, llegando en algunos, a adorar al sabio en los altares, haciendo pasar a divinidad inmortal a la humana naturaleza. La Biblia nos presenta muchos ejemplos de esta verdad, y llena está la Mitología de dioses que pasaron de la clase de mortales a tan elevado puesto por su saber, pues idólatras los gentiles de los hombres cuyo ingenio admiraban, los divinizaron por medio de la Apoteosis. Así lo hicieron con Homero, Minos, Solon y otros hombres ilustres. Los egipcios y los hebreos, que son los primeros pueblos civilizados que se hallan, y los más antiguos en la historia del mundo que conocemos, premiaron el saber con dignidad, divinizando los primeros a su soberano Osiris, y adorando los segundos al poeta David su señor y al famoso y virtuoso patriarca José. Empero donde se halla un entusiasmo que raya casi en locura por los sabios, es en la culta Grecia, en ese país privilegiado, cuna de las ciencias, de las artes y de la literatura. Acostumbrados los griegos, desde la más tierna infancia a admirar y conocer lo bello en todas materias, a aprender de memoria los dichos y sentencias de los poetas y de los sabios, se acostumbraban desde niños a sentir la belleza y a conocer la excelencia de la sabiduría. Las obras del divino Homero era el catecismo que se aprendía en las escuelas, y pasaba por ignorante el que no autorizaba sus pronósticos, dichos o sentencias con textos del poeta por excelencia. Un pueblo tan civilizado necesitaba un culto tan extraordinario a las letras, como extraordinario era su deseo de instrucción: por lo tanto imitando al primer establecimiento literario que se conoció en el mundo, que fué el Museo que para reunión de los sabios, hizo en Alejandria el literato Tolomeo Filadelfo, rey de Egipto, por consejo del sabio Demetrio Falerio, el cual dotó magníficamente con rentas del tesoro público, establecieron el Museo de Atenas. El sepulcro del célebre poeta Museo en el cual se habían erigido altares a las Musas, fué el sitio elegido para edificar el pri-

mer establecimiento literario de los griegos. En este templo se reunieron los sabios, los poetas y los filósofos, y en agradables sesiones fijaron las leyes del buen gusto y produjeron los buenos modelos en todas materias. Como en el Museo de Alejandria, la tolerancia de opiniones fué un punto casi dogmático, y así es que cada uno manifestaba la suya con la más entera libertad, en lo cual no podían menos de ganar extraordinariamente las letras. Pero un solo Museo no era suficiente para el pasto del crecido número de sabios que produjo solo el establecimiento del primero, y así es que fué preciso multiplicarlos por toda la Grecia, a la manera que hoy el ejemplo de el Liceo de Madrid ha hecho necesario la creación de los muchos que se han fundado y siguen fundando en las provincias, que es una de las pruebas de nuestra progresiva ilustración, y la esperanza de un porvenir más venturoso, así como lo fué para aquella culta nación.

A los Museos siguieron en Grecia los Ateneos, originados de las fiestas Ateneas que instituyó Eritreo IV, rey de Atenas, en cuyos anfiteatros leían y declamaban los poetas sus producciones escénicas como dice Lampridio, Sidonio y Apolinario; a estos siguió la Escudra de los gimnasios, escuela literaria sostenida por el tesoro público; a estas las academias en que lucieron el divino Platon, Sócrates, Arcesilao y Carneades, filósofos distinguidísimos que merecieron un lugar preferente en el panteón de los sabios que se edificó en la misma academia de Atenas. Los Liceos, establecimientos consagrados a Apolo, cuya fundación se concede a Pístrato y su engrandecimiento a Pericles y a Licurgo hijo de Licofron, continuaron en la Grecia el espíritu de asociación, y en el de Atenas, el famoso Aristóteles hizo oír su divina voz en sus instructivos paseos por entre los frondosos árboles que embellecían su recinto. Como complemento de civilización y cultura, se estableció en Atenas el *Odeum*, famoso teatro en el que se reunían los músicos y los poetas, según escribe Suidas; y en él, a la presencia de una gran concurrencia de espectadores leían los unos y tocaban los otros, los poemas, cantos y coros que debían presentarse en el gran teatro; de suerte que venía a ser un comité censor de las obras escénicas que se habían de esponer al público. En este *Odeum* se hacía improvisar a los músicos y a los poetas, que pretendían ser admitidos en la corporación, y una votación pública decidía su admisión. Otros muchos establecimientos de segundo orden tuvieron los magníficos griegos para engrandecer las letras, y alentar y premiar como en estos a los poetas y literatos; pero donde se hacía con más ostentación, era en los juegos Olímpicos, Pythicos, Nemeos e Isthmicos que eran los cuatro principales de los griegos. En los Pythicos, que se hacían en honor de Apolo, se cantaban himnos por sus mismos autores, y no por otros, al son de la lira y de la cítara, recibiendo por premio, el que ganaba, un vaso de tres pies sobre el que se grababa

el nombre del poeta, y despues se colgaba el vaso en el templo de la divinidad festejada. En casi todas las ciudades griegas se celebraban combates literarios en los que se premiaba el talento de los mantenedores, particularmente en *Samos* en los juegos dedicados á Juno, en *Ithona* y *Adion* en la fiesta de Jupiter, en *Epidauro* en las de Esculapio y por último en *Tebas*, *Argos*, *Patras*, *Sicyonea* y *Olimpia*, en cuyas ciudades habia escuelas donde se admitia á todos los que querian ejercitarse en algun combate literario.

La primavera es de las cuatro estaciones la mas galana y poética, y por lo tanto en todos tiempos las flores que la embellecen han promovido juegos donde brille la inspiracion del poeta. Las fiestas *Dionisiacas* ó de Baco en Atenas, se celebraban en abril, y en ellas habia combates literarios en que se premiaba con una corona de pámpanos, al poeta que habia compuesto el mejor himno. Tanto en esta fiesta floreal, cuanto en las *Anthesterias* ó sea de los toneles, de las copas y de las ollas, y en las *Panatheneas*, que tambien estaban consagradas al dios de la vid, disputaban el premio cómicos, trágicos y poetas ante los comisarios ó jueces nombrados por el estado para juzgar del mérito de sus obras, representándose á costa de la república con toda pompa, la que á pluralidad de votos, se declaraba digna del premio. En fin puede asegurarse, que así como de las demas artes y ciencias, la Grecia fué el pais por excelencia de la poesia, y por lo tanto la primera que supo saludar con sus flores, las de la bella naturaleza en sus dias de placer y de alegría.

LOS ROMANOS.

Ciegos imitadores los romanos de los griegos en sus artes y costumbres, si bien no las sublimaron, porque al empezar á imitar las hicieron perder su inspirada originalidad, trataron de hacer á los conquistados griegos mas ligera la cadena de esclavitud con que amarraron su libertad al carro triunfante de los tiranos, conservándoles sus costumbres alhagueñas en las que tanto tenían que admirar y que aprender. Por esta razon el Museo de Atenas se sostuvo tal y como lo tenían los griegos por los emperadores, y en Alejandria no solose aumentó cuando lo romanos se señorearon de Egipto, sino que *Claudio* fundó en la misma ciudad otro al que dió su nombre, en el que ordenó se leyesen las antigüedades de Etruria y de Cartago escritas por él. *Adriano* se honró en cuestionar con los sábios de este Museo que dotó ricamente, y que produjo muchos sábios hasta su desgraciada destruccion, causada en tiempo del emperador Aureliano, por una sublevacion, contra el imperio de los habitantes de Alejandria. Repitieron los romanos el Ateneo en Roma, en el sitio que hoy ocupa la iglesia *Ara-Caeli*, el cual mandó edificar *Adriano* en el año 135 de nuestra era, y en Leon por el feróz *Caligula*, mereciendo el primero la asistencia continua de *Alejandro Severo*, y haber tenido por discipulo á *Gordiano Pio* que aprendió en él á declamar. Las academias y liceos no fueron en Roma acogidos con tanto entusiasmo como estaba en Grecia, donde siguieron respetadas durante la dominacion romana, pero los *Odeum* se multiplicaron por todo el imperio, habiendo cuatro solo en Roma. El principal estaba en el monte Aventino, del cual habla Ciceron á Atico, los otros dos el uno en el Palatino, de que habla Séneca, y en el teatro de Pompeyo mencionado por Ammiano Marcellino y el cuarto fué en el imperio de Domiciano segun dice Suetonio.

Tambien tuvieron los romanos veneracion por las letras y entusiasmo por la poesia como los griegos sus maestros, y así es que en muchos de sus juegos públicos el dulce canto del poeta se hacia sentir con aplauso; pero en las fiestas que se hacian en honor de Minerva, era donde principalmente tenían un lugar preferente sus cantos. En 1.º de junio y en 19 de marzo, se celebraban las fiestas

MINERVALES que duraban cinco dias seguidos. Los primeros los pasaban los romanos en hacer votos y oraciones á la diosa de la sabiduria, y los siguientes en sacrificios y combates de gladiadores. En ellos se representaban tragedias y despues de Domiciano, los sábios disputaban leyendo en público sus obras ó composiciones. Cuando se hacian estas fiestas á la diosa de las ciencias y de las bellas artes, se cerraban por el tiempo de su duracion las atilas y escuelas y los discípulos regalaban á los maestros un honorario llamado *minerval*. Los poetas en el quinto dia improvisaban sobre puntos que les indicaba el rey de los sacrificios, ó la persona mas condecorada que se hallaba en los juegos, y el premio del vencedor era una corona de rosas frescas en las fiestas de junio, y de grama en las de marzo, razon por lo que se llamó á los cinco dias de estas fiestas, dias floridos.

Muchos juegos podria presentar en que la poesia campeaba entre los romanos, como los *Luperciales*, *Saturnales*, *Bacanales* y otros, pero reduciéndome solo á los que, como los anteriormente descritos, tienen alguna analogia con los juegos florales de Tolosa, en la edad media, á cuyas fiestas se hace remontar el origen del consistorio de la gaya ciencia de Aragon, haré mencion de los juegos florales romanos y de los de los Ainais de Leon, de los que sin duda por recuerdo se tomaron los florales de la edad media, como quieren algunos.

JUEGOS FLORALES.

Flora era entre los griegos, que la llamaban *Chloris*, la diosa que presidia las flores y los jardines. *Céfiro*, con quien dice la fábula que casó, la concedió este imperio, y conservándola en su primitiva juventud, la hizo gozar de una eterna primavera. Los griegos llevaron su culto á la Etruria y la representaban bajo la figura de una jóven coronada de flores con el cuerno de la abundancia lleno de ellas, en la mano, y así se la adoró en Roma en su templo, cerca del Capitolio, desde que el rey de los sabios *Tacio*, llevó allí su culto. Se establecieron en honor de esta divinidad en 415, 315 ó 325 de Roma segun la varia opinion de los autores, unos juegos por los cónsules L. y Marco Publicio, los cuales se celebraban en tiempos de esterilidad ó cuando los proponian los libros de las Sybilas; pero habiendo ocurrido una grande esterilidad el año 380 de Roma, el senado, para aplacar á Flora, dispuso que todos los años se celebrasen los *juegos florales* en 28 de abril, y despues tambien el 1.º de mayo.

Estos juegos se verificaban de noche, dentro de un pannel que circular iluminado que, se formaba en la plaza Patricia, en la que se cantaba y bailaba sencilla y honestamente; pero como nunca falta un motivo que corrompa las mejores costumbres, no tardó en presentarse uno que cambió el aspecto risueño, inocente y candoroso de estos juegos.

FLORA ó *Aca Laurencia*, cortesana pública de gran hermosura y nombradia, falleció legando sus bienes al pueblo romano, y este fundó con su patrimonio unos juegos en su obsequio que no tardaron en confundirse con los florales. Llegó á reinar el desorden en estos juegos hasta un punto tan escandaloso, que además de cantarse en ellos los cánticos de las fiestas de Priapo, de las orgias de Baco, en la que se permitia toda licencia, las *cortesanas* se presentaban enteramente desnudas á ejecutar indecorosos y lascivos bailes al son de las flautas que tocaban hombres tan impuros como ellas. Apesar de las declamaciones del censor Caton, estos escesos y deshonestidades presidieron por mucho tiempo en estas fiestas, á las que asistian, sin sonrojarse, las damas y caballeros romanos y aun, algunas veces, los mismos gobernadores. Los poetas, en un principio, componian y leian himnos en los que se cantaban las gracias de Flora, sus virtudes y los beneficios

que prodigaba á los mortales, pero cuando la institucion se bastardeó, sus composiciones variaron, y se dirigieron á objetos lubricos é indecentes.

Las fiestas florales se denominaron, por los desórdenes referidos, fiestas de las *cortesanías*. Se cuenta que hallándose un día el célebre *Caton* en estos juegos, no se atrevia el pueblo á pedir que saliesen las mugeres desnudas, pero habiéndole advertido *Favonio*, su amigo, que su presencia retenia al pueblo, se salió del teatro á fin de dejar al pueblo en libertad de divertirse con estas damas segun costumbre. Conociendo el pueblo por lo que se salia dió á *Caton* estrepitosos aplausos, é hizo que saliesen á bailar las *cortesanías*, manifestando que les causaba mas respeto este sabio y virtuoso hombre que toda la reunion. Séneca, epist. 47, Marcial, y Valerio Máximo traen este hecho. Los célebres escritores Juvenal, Ovidio, Plinio, Tácito, Lactancio, Arnobio, San Agustín, Vossius y Rosin, de Antiq. Rom., hablan de los juegos florales romanos, como podrán ver los que quieran apurar esta materia.

Mas severos los galos, por exigirle así su religion, cuando imitaron de los romanos sus conquistadores sus costumbres festivas, las despojaron de su parte impura, y la parte util fué la que adoptaron con empeño, y así es que cuando por el mes de mayo se celebraban en el *Ainai* ó *Ateneo* de Leon los famosos juegos establecidos en honor de Augusto, que venian á ser los de Flora en Roma, en ellos reinaba la mayor compostura y delicadeza. En estos juegos, que eran atléticos generalmente, los habia ademas literarios, en los que los poetas llevaban la mayor parte; pero si bien no nos han dejado dicho los autores contemporáneos cual fuese el premio de los vencedores, la tradicion ha conservado la memoria del castigo de los vencidos, el cual consistia, en que el poeta que habia hecho una mala composicion, y habia sido calificada así por el jurado nombrado al efecto, estaba obligado á borrarla con la lengua, y otras veces á arrojarlas al rio ó despedazarlas con mansedumbre todo á la vista de los espectadores. De lo grave y vergonzoso de este castigo puede juzgarse en los versos de la sátira primera de Juvenal, en que compara el temor de un retórico destinado á leer sus composiciones en estos célebres juegos, al de un viagero que ha pisado una serpiente. Terrible á la verdad seria para los poetas desgraciados semejante sentencia, pero si atendemos á que en aquellos tiempos no se pasaba por la mediana en poesia, y á que esta era su idolo, no habrá que extrañar una rigidez que no debiera haberse perdido para honor de las letras de todas las épocas.

Conforme fué Roma cambiando sus humildes techos en artesonados ricos, y sus pobres cabañas en grandiosos palacios, la soberbia, la molicie, y la indiferencia, fué sucediendo por grados á la modestia, al valor heroico y al deseo de saber de los tiempos primitivos de la república. La ignorancia, guiada por el lujo y la vanidad se fué entronizando y las artes y las letras fueron cediendo el puesto á su poderosa rival. Empero se sostuvo algun tanto la poesia engalanada por las ricas preesas de Virgilio, del festivo Marcial, del satírico Juvenal y de otros sabios varones, hasta que una calamidad para el mundo civilizado, la vino á sumir en la tumba mas tenebrosa con todas las bellas artes y producciones del hombre. Los cantores de Grecia y de Roma enmudecieron al horroroso graznido de los bárbaros del norte, y al invadir estos la Europa cayeron en pedazos de las manos de aquellos la dulce lira y el adiestrado plectro.

Si bien la poesia en su renacimiento y en los tiempos modernos, ha sacado y saca una riqueza inagotable de la época tenebrosa en que las bárbaras naciones del norte invadieron la Europa, nada tuvieron aquellos tiempos de políticos para los que pasaron sus dias en ellos, puesto que sus cantos, eran cantos de sangre y esterminio. Todo lo bueno sucumbió ante sus ferocidades, y las bellezas de la mano del hombre civilizado fueron arrolladas y aho-

gadas por los torrentes de sangre con que inundaron el mundo culto.

Mucho tiempo tardó la civilizacion en hacerse un pequeño lugar entre esta turba de salvajes, pero gracias al tiempo que todo lo vence, y á la paz que todo lo facilita, dueños ya los visigodos y ostrogodos de la parte mas florida de Europa, las costumbres guerreras fueron suavizándose algun tanto, y la cultura perdida fué apareciendo lentamente para ganar paso á paso el terreno usurpado por la barbarie.

Asi como á la poesia estuvo encomendada en los tiempos mas remotos la conquista de la ilustracion, cautivando con sus encantos el corazon del hombre, así en la edad media recibió la noble mision de dulcificar la ferocidad de las costumbres, y guiar el corazon de los mortales á un terreno mas ameno, dulce y halagüeño, á la par que mas digno de él, santo y virtuoso. El celeste don de suavizar las costumbres nadie puede negársele á la poesia, y por lo tanto es preciso concederle que fué el móvil principal para entronizar la cultura perdida, y para despejar las densas tinieblas con que ocultaba la estúpida ignorancia á la civilizacion, en la edad media. (1)

LOS CELTAS, GALOS Y GERMANOS.

En efecto los bardos, esos venerados poetas de los cántabros, celtas, galos y bretones, que cantando las acciones de los héroes al son de sus rústicas liras animaban á los combatientes para prepararles á la guerra ó alentarles en ella para que fueran mas feroces, esos mismos, gracias al respeto con que se les miraba, pues que llegaba hasta suspenderse una batalla para oír sus razones si se presentaba en medio de los dos ejércitos beligerantes, esos bardos tan feroces en un principio como el resto de sus conciudadanos, fueron los que variando sus cantos de guerra, en cantos de paz, empezaron á hacer esta apreciable, é inspirando dulzura y reposo, lograron que sus admiradores no fuesen tan feroces; en una palabra el encanto de su voz abrió una nueva era de cultura y puso la primera piedra para la restauracion del destruido templo del saber, donde habian de renacer las estinguidas luces.

El colegio de los bardos fué despues en Francia, en Irlanda y en Escocia un establecimiento en que se cultivaba la poesia y en que se premiaba en certámenes públicos á sus autores, que eran mirados como las crónicas vivas de las glorias de la patria y de la vida de los héroes cuyas proezas cantaban, costumbre de muchos siglos mas antigua en España como veremos mas adelante. La ingratitude sigue las mas veces al beneficio y así sucedió á los bardos de los galos. Reparando Eduardo I cuando conquistó la Provenza, que los jóvenes de su subyugado estado se estimulaban y animaban al oír cantar á los bardos sus antiguas hazañas y los encantos de su libertad, temiendo que se despertase en ellos el deseo de la independencia de que él les habia privado, trató de alejar de su vista cuanto pudiese recordarles su libertad. Para ello, segun el sabio Hume, mandó reunir en un solo sitio á todos los bardos del pais y los hizo degollar desapiadadamente; crueldad que se repitió despues con los abencerages en la famosa fuente de los Leones de la Alhambra de Granada. La Galicia quedó sin sus bardos, pero la poesia habia empezado ya su revolucion civilizadora, y nuevos cantores substituyeron á los primeros, recordando los cantos del divino Osian (hijo de Fingal) y continuando la civilizacion á que los cántabros y los bardos dieron principio, si bien tuvieron pronto que abandonar su puesto á los inspirados trovadores, hijos de los cantores arábigos españoles á quie-

(1) Aun cuando concedemos á los poetas y á la poesia el haber mejorado la sociedad, creemos que su completa formacion y perfeccion se debe á la filosofia

nes estaba cometida la misión de perfeccionar la obra que aquellos habían comenzado.

Desde la aparición de los trovadores pasados de España a la Provenza en el siglo XI de nuestra era, los bardos se corrompieron hasta el punto de ser unos histriones errantes, tan llenos de vicios, que fué necesario que las leyes les anatematizasen, y así es que la reina Isabel de Inglaterra dió un decreto en 1367, por el que los prohibió mandando: que el lunes despues de la fiesta de la Trinidad de dicho año, un consejo compuesto de los caballeros *Reclay, Griffit, Ellix-Prix*, y de su escudero *Guillermo Mostiu*, escogiesen los mejores bardos y músicos del principado de Gales y enviasen los demas á labrar la tierra ó á egercer oficios mecánicos, á fin de que por este medio se remediasen los abusos, y honrasen debidamente á los buenos poetas y músicos.

LOS PROVENZALES.

Hemos llegado al punto principal de nuestro discurso, es decir, á la época en que, ya mas suaves las costumbres, se vé á la poesia adornarse con las mas ricas galas de los tiempos modernos, y empezar una carrera de menos abrojos y malezas. La galantería sucede á la grosera ferocidad, y tomando la belleza su asiento en la muger, en esa preciosa mitad del género humano, hace olvidar la sangrienta musa de los combates, y presenta á la faz del mundo civilizado el encanto de la virtud coronada de frescas rosas. Nacen los tiempos de la galante caballería, y si bien no son tan puros que no hayan oscurecido su oriente algunos nubarrones, se respira al fin un ambiente mas saludable, y el alma se mece en la dulce esperanza de un porvenir mas venturoso. Los trovadores provenzales, ciertamente no dieron á la poesia su dignidad, porque sus composiciones se resentian de vulgaridades, monotonia, proligidad, dificultad y dureza en el verso, y rimas penosas y extrañas, como dice el abate Andrés; pero allanaron el camino, para que los Petrarcas y los Dantes colocasen la poesia en el alto puesto que merecia. Ellos fueron, segun los criticos, los inventores de la poesia rimada en las lenguas modernas, si bien nosotros concedemos este don á nuestros andaluces y árabes españoles, como probaremos, y sus canciones amorosas, sus *serventencios* ó sátiras contra los vicios, usurpadores y tiranos, sus *sones* ó sonetos, sus *madrugales*, *madrigales*, ó sus *artigales*, sus farsas cómicas y sus *tenzones*, dieron origen á una poesia agradable y musical.

Los trovadores (inventores) aparecieron en el siglo X, en la Provenza, pues consta, que cuando *Constancia*, llamada *Blanca*, hija de *Guillermo I*, conde de Provenza casó con *Roberto*, rey de Francia, en 1001, llevó consigo trovadores de su pais que enseñaron á los franceses la poesia rimada de los catalanes sus inventores. La poesia rimada y los trovadores nacieron en España, como probaremos mas adelante, siguiendo por ahora la opinion mas vulgar y conocida que defienden los franceses, haciendo suyo lo que fué nuestro como otras tantas cosas. Los *tenzones* fueron las composiciones poéticas en que lució mas el ingenio, gracia y sutileza de los trovadores provenzales, estas eran una especie de disputas en verso, entre dos ó tres poetas, en las que por medio de diálogos, uno proponia la cuestion y los otros daban las razones de unos y otros. En estas cuestiones que se decidian por las damas en las Cortes de Amor, se trataba generalmente del poder y finezas del amor, de las galanterías de la caballería, y de la hermosura de las damas, móvil y causa de sus cantos y de sus inspiraciones. Los trovadores celebraron los buenos sucesos de los cruzados que en el siglo XI se congregaron para reconquistar la Tierra Santa. Ellos hicieron con sus cantares que la lengua provenzal se extendiese por toda Europa, y fueron tan apreciados que los emperadores Federico I y II los llevasen á su corte, y que el rey

de Inglaterra Ricardo *Corazon de Leon*, les honrase con su amistad y beneficios. Luis el Joven cuando partió á las cruzadas en 1147, los llevó á este santo viage para que cantasen sus victorias y animasen el ejército con sus cantos. Los trovadores eran diferentes de los cuenteros y juglares que aparecieron en la misma época. Los cuenteros ó relatores componian las prosas históricas y romancescas, porque entonces habia romances rimados y sin rima; estos eran hechos por los cuenteros y aquellos por los trovadores. Los cantores cantaban las producciones de los trovadores, y los juglares los acompañaban con diferentes instrumentos. Desde 1120 ó 1130 hasta el fin del reinado de Juana I de Nápoles que murió en 1382, brillaron los trovadores en la Provenza, pero desfalleciendo entonces, como dice Nostradamus, los Mecenases, desmayaron tambien los poetas. Los trovadores mas famosos fueron en la Provenza, *Arnaud*, *Daniel*, *Faydit*, *Brunet*, *Guy*, *Perdigou*, *Noues*, *Lueo*, *Parasol* y *Roger*, como puede verse en Nostradamus, en *Duverdier*, *Vaubribas* y demas obras citadas. Lugar era este de dar razon de ese magnífico tribunal conocido por la *Corte de Amor*, en que la belleza coronó el mérito del poeta en las cortes de *Aix*, *Avignon* y *Barcelona*, pero como ya hayamos dado noticia de este famoso y galante tribunal, en el número primero de este año, pasaremos al feliz establecimiento de los *Juegos florales* de Tolosa, que es que el hoy nos ocupa, como introduccion del magnífico Consistorio español de la *Gaya Ciencia*.

JUEGOS FLORALES DE TOLOSA.

Varias han sido las opiniones de los autores modernos sobre el establecimiento de los juegos de Tolosa concedidos por algunos á *Flora Isaura*, en cuyo error hemos caído nosotros al hablar de ellos en nuestro artículo de los trovadores españoles, pero como hoy tengamos por la noticia mas digna de fé, las actas del ayuntamiento ó municipalidad de Tolosa donde se describen, vamos á cumplir el deber que nos hemos impuesto, copiando ó mas bien traduciendo el acta de dicha municipalidad correspondiente al año 1323, la que trae Mr. Germain Lafalle en sus *Anales de Tolosa*, dando por pruebas los documentos auténticos en lengua provenzal. Dice así:

«El día de todos los Santos, del año anterior 1323, siete caballeros de esta ciudad, amantes de las bellas letras, reunidos en un jardín del arrabal de San Esteban, resolvieron invitar por medio de una carta circular á todos los trovadores de las cercanías que quisiesen venir á esta ciudad, el primero de mayo del siguiente año, prometiéndole dar una violeta de oro de premio, al que recitase los mejores versos. Escrita esta carta en rimas provenzales, segun se inserta en este registro, fué remitida á todas las ciudades que hablan la lengua d' Oc. Los siete de que se ha hecho mencion, se llaman Bernardo de Panassac, Damoiseau, Guillermo de Lobra, Verenger de S. Plancat, Pedro de Mejanessere, Guillermo de Gontaut, Pedro Baraignon, y Bernardo Oth. Amantes los capitulares de esta villa de las bellas letras, acordaron en su consejo municipal que se ejecutase este certámen, no solamente este año, sino todos los sucesivos en semejante día. En virtud de la invitativa, vinieron para el día señalado un gran número de trovadores: el primer día de mayo en que se juntaron, en las casas capitulares, se empleó en oír los versos que recitaron los trovadores; el siguiente día se examinaron las composiciones por los siete arriba dichos, y ademas por dos capitulares, y el tercer día que era la fiesta de la Santa Cruz, despues de haber oído misa, se adjudicó el premio, delante del público, al trovador Arnaud Vidal, natural de la ciudad de Castelnau-darry, por un poema que habia recitado en honor de la Virgen Santísima. En las actas del mismo día del año siguiente consta: «que á fin de dar una forma académica á esta reunion, se creó un canceller y un bedel; el primero debia poner un sello

á las poesías premiadas, y el bedel, que hacia de secretario, estaba encargado de escribirlas en un registro particular. Desde entonces los siete fundadores tomaron el nombre de MANTENEDORES con la obligación de conservar en lo sucesivo este establecimiento. En las actas de estos juegos, que se conservan tambien en Tolosa, consta que á los 52 años de la fundacion se establecieron sus leyes llamadas de amor y se añadieron otros dos premios siendo el segundo premio una *zarzavosa de oro*, y una *caléndula* ó maravilla del mismo metal, ordenándose que el que ganase la violeta, podria pedir se le nombrase bachiller, pero que el que hubiera ganado los tres premios, se le graduase de doctor en GAYA CIENCIA, si lo pedia. Al poeta mas digno se le ponía una corona de laurel y se le denominaba amante fiel de la Corte de Amor, pues la recibían de mano de las damas. Los titulos del uno y del otro grado se espedían en verso y con el selló del cãnciller. A los premios se les llamaba *joya*; y el modo de darlos, las ceremonias de el doctorado y las leyes de los juegos, constan en el registro del ayuntamiento de Tolosa, en versos provenzales. El poeta Molinier, que fué cãnciller de los juegos, escribió un formulario sobre las ceremonias de los premios en su tratado de retórica y poesia.

Por lo que acaba de verse se nota, que el establecimiento de estos juegos que se atribuye á Clemencia Isaura ya en la misma época citada, ya despues en 540, diciendo haber legado sus bienes al pueblo para este efecto, es una fábula creada por Mr. Catel que fué el primero que la puso en la historia fabulosa de Tolosa; pues de haber sido cierta la donacion, constaria indudablemente en las actas municipales de esta ciudad, en las que no se halla nada de esto.

En la nota T de la historia de la literatura por Bouterwek, faltan los traductores á la verdad diciendo que La Faille, en dichos anales tiene á Clemencia Isaura por creadora de los juegos florales, siendo así que, como hemos visto, lo desmiente con pruebas en contrario.

Sin embargo, como muchos autores franceses digan que Isaura dejó en 1540 sus bienes al pueblo de Tolosa para seguir estos juegos, nos vemos precisados á estractar lo que dice Molinier sobre este particular en su diccionario, á saber, que dejó sus bienes con la condicion que todos los años se hiciesen cuatro flores de plata sobre dorada, que serian una de ancolia ó guilena, otra de caléndula ó maravilla, otra de violeta, y otra de rosa. Que las tres primeras de valor de 15 duros, al menos, se diese á los que mejores obras presentasen puestas, sobre un pie de plata sobre dorada, en el que estuviesen grabadas las armas de la ciudad, y la cuarta se diese por favor á los niños. Dice que la casa consistorial de Tolosa, y la plaza del mercado llamada *la Pierre* eran de esta dama y fué uno de los bienes que dejó al pueblo. Añade este autor que la fiesta empieza todos los años con una de iglesia á que asiste la municipalidad; que en este dia se recitan los versos de los aspirantes al premio, en las casas municipales, ante las personas mas consideradas de la ciudad, que al tercero se encierra á los poetas en una sala para que compongan improvisando sobre un asunto dado, como se hace hoy en el Liceo de Madrid en los juegos florales semanales, y que despues ante la estatua de madama Clemencia, que es de marmol blanco coronada de flores, y con un cinturon de estas que descende hasta sus pies, se llama á los que han sido premiados por mayoría de votos y reciben el premio de mano del gefe del consistorio que preside el acto. Al tiempo de darse el premio aplaude al poeta la concurrencia y toca la música dispuesta al efecto, y despues de la distribucion se acompaña á los premiados á sus casas por la guardia municipal y por sus amigos y por las músicas.

Los premiados tienen derecho de votar en estos juegos. Siguiendo las actas se encuentra que segun La Faille el año 1687, en que escribió sus anales, todavia se daba por el ayuntamiento de Tolosa el titulo de cãnciller de los

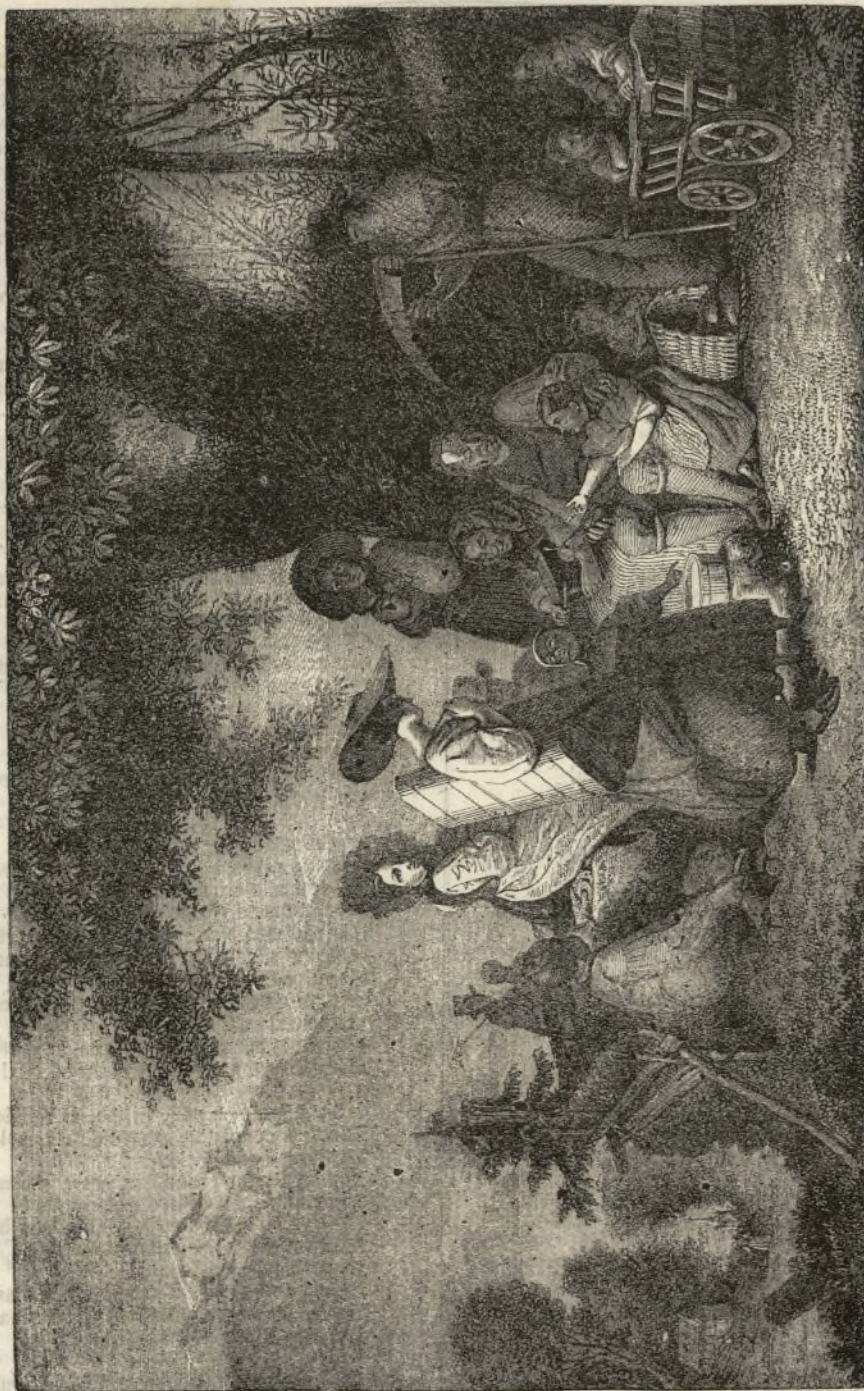
juegos florales, obteniéndole en dicho año Mr. *Gaspard de Fieubet*. En 1640 se reunieron algunos literatos en Tolosa en academia, unas veces en casa de Mr. Malepeire, otras en la de Mr. de Campunant, y sucesivamente en las de Mr. Gaurigis y Mr. Donheville que en 1667 la hicieron ilustre por sus buenos ejercicios literarios. Mr. Nolet, tesorero de Francia, reunió tambien en su casa muchos sabios bajo la direccion de Mr. Baile, doctor en medicina, y en esta asamblea esplicó Mr. Regu el sistema de Descartes. Otra sociedad de poetas y literatos se formó en el colegio de Foix, pero todas se refundieron en 1694 en la de Tolosa que se formó á peticion de la compañía de los juegos florales, que temian que se elevase una nueva academia sobre las ruinas de sus juegos. La academia de los juegos florales fué aprobada en 1694 por el gobierno francés, y es una de las corporaciones mas ilustres de aquella monarquia.

Acui debieramos seguir la introduccion de los juegos florales en nuestra España atribuida por algunos autores á Juan I de Aragon, á persuasion del célebre marqués de Villena, pero como participemos de otra opinion, creyendo aun mas antiguos estos certámenes poéticos en nuestra nacion, y por otro lado este artículo se haya hecho ya demasiado largo, reservamos para otro dia el continuarle con noticias puramente nacionales, en las que haremos ver la galanteria caballeresca de los hijos de Pelayo y del Cid, la cortesania, finura y sabiduria de los cultos árabes, y el ingenio, delicadeza y magestad de las hermosas damas españolas.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.



Tanto el grabado que precede á estas líneas como el que le sigue, son dignos de fijar la atencion del lector; el primero representa una muger de Gonaham en las islas Marianas, en su traje natural, y el segundo una cena de aldeanos de Orleand-Bernois, copia de un cuadro presentado en lo esposicion francesa en 1859. La finura y espresiva viveza de las figuras, la sencillez de las costumbres que retratan, y su escelente dibujo producen una sensacion agradable, esta circunstancia nos ha decidido á darles lugar en nuestro *Museo*.



Aldeanos de Orlean-Bernois.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Á LA MUERTE DE FELIPE II, EN EL REAL SITIO DEL ESCORIAL.

(PARA EL CONCURSO DEL LICEO, EN 1845.)

ODA.

Primero vivirás felices años
Introduciendo por el ancho mundo,
La santa paz y la justicia unidas,
Y gemirá Pluton en el profundo
De ver por tí desechos los engaños;
Y á Dios tantas naciones convertidas.

Cancion á Felipe II.—L. ARGENSOLA.

Vedle, allí está; señor de la llanura,
Y entre las dos Castillas, de la sierra
Descansando en la falda:
Coronado de riscos y de flores,
Que hasta sus pies le enlazan su guirnalda;
Salpicado de arroyos saltadores
Que le cuentan su origen y hermosura.
Ved el gigante templo,
Donde dejó Filipo el de Castilla,
Tumba á los reyes, al cristiano ejemplo,
Al arte asombro, al mundo maravilla.

Penetrad en las sombras del santuario,
De la alta noche en las calladas horas,
Vereis por los altares
Leve vapor que hacía las tumbas gira,
Murmurando al través de los pilares.
No es el ambiente el que fugaz suspira!
Es un rey que su nicho solitario,
Aunque muerto, abandona,
Y así de injusto le acrimina al mundo,
Que empaña el resplandor de la corona
Del gran Filipo, el que llamó el segundo.

«¡Que pronto se agostaron en tu diestra
«De mis primeros triunfos los laureles,
«Ingrata y bella España!
«Jamás pensé que amancilláras tanto
«Al rey altivo que soñó la hazaña,
«Que otro, dichoso ejecutó en Lepanto!
«Haciendo de mis hijos feroz muestra,
«En San Quintín, con gloria
«Inauguré mi trono para el mundo;
«Dominando el clamor de mi victoria,
«Hasta el Nilo y el Eufrates fecundo.

«Del polo ardiente al septentrion umbrio,
«Del Asia las regiones orientales,
«La América dichosa,
«El rico Portugal, la inquieta Flandes,
«El Africa guerrera y poderosa,
«Italia, en fin, la de los hombres grandes,
«Adoraban mi inmenso poderío.
«El sol, aun mas dorados
«Los rayos de su luz me concedía,
«Orgulloso de ver que en mis estados,
«Jamás su antorcha celestial moría!

«Ni olvidé los talentos por las lides;
«Las artes florecieron á mi sombra.

«Lo que duró mi imperio
«Duró su altar. Mirad ricas señales,
«Y eternas ya en mi santo Monasterio,
«Las obras de sus hijos inmortales!
«Ingrata España, aun que mi nombre olvides
«Recuerda el ara santa,
«Que nuevo Salomon alzó mi diestra;
«Donde hoy de Cristo el nombre se levanta,
«Yo el campeón de la inmortal palestra!

«Besó el Inglés la enseña de Calvino;
«La de Lutero, el Aleman tremola:
«Los rudos protestantes
«De Holanda y Suiza á sostener-corrieron
«Las fanáticas huestes, que insultantes
«La silla de San Pedro estremecieron.
«La cristiandad gimió por su destino!
«Yo opuse mi arrogancia
«Sola, y mi fé contra la herege tropa:
«Mi corazon sufrió, mas su constancia
«Salvó la ley de la cristiana Europa.

«Maguer de esfuerzo y corazon gigante
«Carlos primero sucumbió en la lucha:
«Al hijo de su gloria
«Se reservaba el árduo vencimiento.
«Yo arriesgaba mi nombre en la victoria,
«Pero ganando en Dios merecimiento.
«No era ya la razon arma bastante,
«Ni valladar seguro,
«Contra el fiero y ardiente fanatismo:
«La hoguera fué el crisol que dejó puro
«El honor del antiguo cristianismo!

«Culpad mi ceguedaz, mi idolatria,
«mas no mi corazon, sangre de un héroe.
«El remedio era fuerte
«Pero funesto y contagioso el daño:
«Culpad mas bien mi desdichada suerte
«Que me vió sobre el trono, en mal tamaño;
«O culpad mi fortuna por ser mia!
«Mas ya que unido á un cabezal de piedra,
«La muerte me aprisiona,
«Dejad de mancillarme, y que de yedra
«Le deba yo á mi España otra corona!

Si, duerme en paz, Filipo, el religioso;
Vuelve á ocupar tu féretro de mármol.
La tierra enmudecida,
Hoy sueña tus grandezas entre escombros,
Su máquina del centro desprendida
Pues ya no estriba en tus hercúleos hombros.
Desierto está el oceano espumoso,
De tus naves de España:
Ni ya, do quiera, al revolver sus olas,
Encuentra, como entonces, á su saña
Por dique las riberas españolas.

El clamor de tu muerte fué el estruendo
Que despertó los apartados polos.
Cantó en sus arenales,
El de Cuzco á sus Incas ya salvados:
El moro á sus mezquitas orientales,
El de Goa á sus bosques libertados.

El isleño pirata, sonriendo
Miró el festín de Europa,
Y cual buitre voraz, tendió su garra
Con otros reyes, y la augusta ropa
Del castellano solio se desgarró.

Tú eras el eslabón de una cadena
Que estrechaba, ¡oh Filipo, el universo,
Y que amagó potente
Arrastrar á su hierro sujeta
La libertad de Oriente y de Occidente.
Se alzó la muerte y lo deshizo en nada!
La tierra lo sufrió de espanto llena.
Ser grande fué tu crimen;
Querer ser mas que los que mas han sido!
Tus levantados pensamientos gimen
Por sueño tan feliz desvanecido!

Una estrella de luz clara y brillante.
Luce en el porvenir para los reyes,
Cuando ya las pasiones
Ceden su imperio á la verdad augusta,
Y por su prisma admiran las naciones
El digno aplauso, ó la grandeza injusta!
Tu muerte, entonces, marcará el instante
De otra estrella perdida!
Entonces tu virtud será llorada,
Y tu gloria oh Filipo, encarecida;
Si se encarece gloria tan colmada!

Los que culpáis de inexorable y duro
Su corazón, venid junto á su tumba:
Y en medio del recinto
Religioso, magnífico y sublime,
Del hijo del ilustre Carlos quinto,
Aun creéis que su cadáver gime,
Por el ambiente del espacio oscuro.
El padre y juez, aun llora
Haber manchado de su amor los lazos
Con la sangre de Carlos! No lo ignora:
Los hijos son del corazón pedazos!

Bien lo mostró cuando á morir dispuesto,
Soñando en el amor de otro hijo suyo,
Y queriendo del trono
Afirmar el ascenso con su mano,
Promulgó el torpe edicto, que el encono
Despertó de su reino castellano.
«Hijo del corazón, no cumplas esto:
«(Le dijo). Así conciertas
«Su bien, y en tu amistad, fiel le aseguras:

«Que son del alma para abrir las puertas
«La bondad y el amor llaves seguras!»

¡Rey, ya duermes en paz! En tu sufragio
Himnos de admiración mi voz te eleva:
Yo aunque del pueblo canto,
Al Rey que oyó con calma resignada,
Y exclamó con la nueva de Lepanto:
«¡Mucho arriesgó don Juan en la jornada!»
De su armada invencible en el naufragio,
De héroe y grande los nombres
Merece, el que exclamó sin sentimiento:
«Mis naves fueron á lidiar con hombres
«No con las nubes, con la mar, ni el viento.»

Correspondió al principio de su vida
El fin del nuevo emperador Trajano!
De Yuste en los desiertos,
Cavó la hondura de su humilde fosa;
Y al contrario, Filipo, hasta en los muertos
Buscó grandeza y distinción gloriosa!
¿Cuál sublime piedad fué mas cumplida?
¡Lauro igual! Meditando
El adornar su túmulo de flores,
Vivían, disponiendo un lecho blando,
En que dejar dormidos sus dolores!

Descansa en esas bóvedas sombrías,
Palacio, iglesia, y mausoleo aun tiempo,
¡Oh Filipo esforzado:
Aguila caudalosa, cuyo vuelo,
Desde ese monasterio retirado,
La faz corría del inmenso suelo.
Noble león que si feroz rugías,
Desde el Ganges famoso,
Al Istrio helado, y á la ardiente Zona,
Los asombrados pueblos se postraban,
Ciegos ante la luz de tu corona!

¡Te arrebató la muerte pero en vano,
Porque tu vida es cuenta de los siglos!
El porvenir oscuro
Se adorna con el manto de tu gloria,
Y hará brillar de tu deber mas puro
El sol, entre las nieblas de tu historia.
Tú fuiste un tiempo, el digno soberano
Que cantará la España!
¡Pardiez, que ha honrado su cesarea silla,
Rey que empezó á reinar con una hazaña;
Rey que acabó con una maravilla!

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

CAUSAS CELEBRES.

ANTELMO COLLET.

Ya no se le oyó mas: atado y arrestado por los gendarmes se hallaba ya en medio de la escalera. Desde entonces reinó la mayor confusión en el salón de la prefectura. El ayudante de campo que principiaba á creer la verdad, se encolerizaba contra todo el mundo, y especialmente contra el falso general, de quien juraba vengarse. El prefecto, fuera de sí no quería creer en la inocencia de los que acompañaban á Collet, que afirmaban que no eran sus cómplices. Encareció la severidad de las órdenes

que habían sido dadas, hizo encadenar á los ayudantes de campo, secretarios y criados, y mandó conducirlos á las prisiones, donde Collet, único culpable, estaba ya en el fondo de un calabozo. Este teniente general, á quien se había visto por la mañana pasar una revista en el campo de Marte, rodeado de un brillante estado mayor y que se veía todavía guarnecido de cruces y cubierto de bordados, arrastrado en medio del día por los gendarmes, y su acompañamiento que se vio pasar tras de él, escitaron en la ciudad un rumor imposible de describir. Se informó, se inquirió, se supo la verdad, que como suele suceder siempre, se encontró abultada pasando de boca en boca: entonces no hubo bastantes insultos, burlas y palabras picantes para es-

te pobre prefecto que habia hecho con tanta solicitud y magnificencia los honores de su mesa á un ladrón bastante diestro para engañarlo hasta este punto.

Sin embargo, se habia ya entrado en el calabozo de Collet, se habian llevado y abierto delante de él sus diversas maletas: las unas contenian sus trages de sacerdotes, de obispos, de comisarios, de generales etc.: las otras caracteres de imprenta, una pequeña prensa, bordaduras grabadas sobre cobre, papel impreso y muchos sellos; un cofre muy pesado contenia su dinero y sus valores.

—¿Reconoceis estos objetos como vuestros? pregunta el comisario de policia.

—Ciertamente, respondió Collet, son de mi legitima propiedad.

—¿Qué querias hacer de ellos?

—Mi oficio.

—¿Cuál es?

—Cómico ambulante. Esto esplica los trages.

—¿Y estas bordaduras, estos sellos y estas cruces?

—Eran mis accesorios.

—¿Pero estas prensas?

—Para mis carteles.

—¿Y este oro, y estos valores?

—Para edificar una sala de teatro y representar gratis para los pobres.

—¿No estabais el 15 de abril en Savona como general?

—No.

—¿No estabais un mes mas tarde en Niza, como obispo?

—No.

—¿No fuisteis á Draguiñan?

—No.

—Sin embargo, vuestro ayudante de campo pretende haber entrado á servirlos en esta ciudad.

—No.

—¿Habeis pasado á Marsella?

—No.

—¿A Aviñon?

—No.

—¿A Nimes?

—No.

—¿Hoy 10 de junio no habeis sido arrestado en casa del señor prefecto de esta ciudad?

—No.

El escribano, los gendarmes, el alcaide y el comisario de policia no pudieron contener una carcajada de risa. Desde este momento, Collet guardó silencio y rehusó responder. Sin embargo, se instruyó el proceso, y permaneció incomunicado por espacio de veinte dias.

Durante este tiempo la aventura habia corrido por la ciudad y por el departamento: divertianse todos á espensas del prefecto, el cual tomando por último el lance como hombre de mundo se reia y celebraba el suceso como los demas. Todos tenian curiosidad por ver á este Collet que con tanta propiedad representaba el papel de obispo como el de general: llovian peticiones en el estrado de los jueces y en la prefectura para ir á visitarlo á la cárcel. El prefecto no pudo resistir á la curiosidad de tantas personas influyentes que le perseguian con este objeto: resolvió que viesan á Collet, no en su calabozo, sino en la misma prefectura, en el salon donde habia sido arrestado, de modo que pudiese humillarse este ladrón, á quien veinte dias antes habia festejado tanto. Por consiguiente ofreció una gran comida á numerosos convidados y les prometió presentar á este curioso ladrón como plato de postre. En este dia, segun la orden del prefecto, Collet fué sacado de la cárcel, y conducido por tres gendarmes á la prefectura. Se le puso, esperando la hora de su presentacion, en un cuarto sin salida, donde los cocineros ponian los platos de la comida que se servia en este momento. Los gendarmes vigilaban en la puerta con otros soldados: habian tenido cuidado ademas de atarle las manos. Collet

esperaba con paciencia el momento en que irian á buscarlo, cuando vió sobre una silla un vestido de color de rosa, un gorro de algodón y un delantal, dejados allí sin duda por un cocinero. Una idea repentina ocurrió á su imaginacion. Buscó y descubrió un cuchillo, cogiólo por el mango por los dientes, y apoyándolo fuertemente sobre la chimenea, llegó á romper las cuerdas que le ataban las manos, procedió á vestirse, quitó su vestido, se puso el de color de rosa, se colgó el delantal y se caló el gorro con cierta coqueteria: tomando despues un plato en cada mano, pegó un puntapié á la puerta, se abrió y pasó por medio de sus centinelas, los que se apartaron para hacerle lugar oyendo pronunciar estas palabras: *cuidado con la grasa!* Puesto ya en la puerta de la sala de comer que tan perfectamente conocia, se dió prisa para entregar los platos á los criados, bajó rápidamente la escalera, y muy pronto se encontró en la calle. En lugar de pensar en huir, entró furtivamente en una casa inmediata, cuyas ventanas daban á los jardines de la prefectura: subió á la primera y se encontró frente á frente con el hombre que habitaba este aposento, y al cual pidió que le oyese en secreto. En esta conversacion se fingió un ilustre proscrito perseguido por causa de opinion politica, que venia á buscar un asilo. Tuvo la destreza, con la ayuda de algunos papeles y de un poco de oro y alhajas que habia podido salvar del registro, de convencer á este hombre y de obtener asilo en su casa. Desde entonces se creyó ya en seguridad, porque no suponía que la policia fuese siguiéndole tan de cerca.

Bien pronto se apercibieron en la prefectura de su evasion. Todos se pusieron al instante en movimiento; hicieron las pesquisas mas minuciosas: toda la policia se alarmó y dispuso: el prefecto tembló por su destino é hizo publicar por todas partes una recompensa de 10,000 francos á cualquiera que asegurase la persona del infernal ladrón: hicieron venir nuevos gendarmes, se registraron las aldeas y las alquerias, en fin nada se omitió para capturarlo. Collet supo todos estos pormenores de la boca misma de su huésped, y dice despues de la relacion de la evasion:

—¿De qué se queja el señor prefecto? él daba una comida, Collet ha querido agradecerle sin duda sirviéndole un plato de su oficio.

Las pesquisas fueron vanas durante un mes que recibió asilo en esta casa, donde nuevas fábulas, inventadas por él, servian para prolongar su mansion. Su huésped tenia tres hijas jóvenes: Collet habia prometido dotarlas con 15,000 francos á cada una. Nada era mas fácil de esperar. Antes de entrar en Montpellier habia depositado una suma considerable en un árbol aromático, como se encuentran en este país, situado á un cuarto de legua de la ciudad. La unica dificultad que habia era el llegar á él sin ser reconocido, y tomar el dinero. Mientras que Collet quiso permanecer en Montpellier, hubo mil motivos para no ir al árbol; pero llegó al momento de temer que pesquisas mas activas no le descubriesen. Quedaba reconocida la inocencia de los que le habian acompañado y se les habia puesto en libertad. Entre ellos se hallaba el gefe de batallon que habia jurado vengarse por haberlo tomado por un incauto. Su unica ocupacion despues de su salida de la carcel era recoger noticias relativas á la evasion de su falso general. Informado Collet de todas estas circunstancias temió mas á lo que podria hacer este hombre, cuyo amor propio se hallaba lastimado, que á todas las pesquisas de la policia. Consideró prudente desde entonces dejar la ciudad, y propuso á su huésped que le acompañase por la noche para ir á buscar su tesoro. Este lleno de alegría se puso en marcha con él y llegaron al pie del árbol en medio del silencio de la noche. Habian cuidado de proveerse de cuerdas y bugias necesarias para buscar el pretendido tesoro. Haciendo Collet las ceremonias acostumbradas en la entrada de un aposento, obligó á su huésped á bajar el primero con la ayuda de la escalera de cuerda; pero tan pronto

como este buen hombre estuvo abajo ocupado en buscar, Collet retiró la escalera y huyó dejando á su huésped en este inmenso subterráneo. Sin embargo, habiendo llegado á la aldea inmediata tuvo la destreza de dar parte y dijo que un accidente que acababa de sucederle en el camino habia precipitado á su compañero de viaje en el subterráneo. Los aldeanos se pusieron en marcha para socorrerlo, y Collet se escabulló sin decir nada.

Desde este momento empezó á oscurecerse su estrella. Solo, sin dinero, sin recursos y sin instrumentos de trabajo, anduvo errante por las montañas combinando todos los medios de volver á su vida anterior con nueva audacia. Pero las circunstancias no eran ya tan favorables y su requisitoria le seguía por todas partes: llegó sin embargo, á adquirir cierta posición en el mundo; residió en diferentes ciudades, viviendo del producto de sus estafas, de las cuales no hay una bastante notable para mencionarla aquí. Mas tarde ejerció en Saumur las funciones de médico, curando ó matando impunemente en la ciudad y en los hospitales. Esta situación que se iba prolongando solo le servía para preservarlo de la cárcel, y esto no era bastante para él. Suponiendo que ya la policía no se ocupaba de buscarlo, resolvió emprender todavía grandes cosas. Para esto tenia necesidad de dinero, y no lo poseía. Se dirigió á Tulle y negoció una letra de cambio falsa de valor de 10,000 francos á un comisionado de la casa Duran. Huyó inmediatamente y se dirigió hacia Lorient; pero esta vez no perdió el comisionado sus huellas, y dos días después fué cogido Collet mezquinamente en esta ciudad como un simple falsario, sin ruido y sin dificultad. Esto fué lo que mas humilló su amor propio, decía frecuentemente en la cárcel. El, otro tiempo obispo, general, plenipotenciario, por su audacia y su astucia, sucumbir á una estafadura tan simple y tan mezquina, tenia porque morir de vergüenza. Resintiéronse los debates de la especie de apatía de Collet que ni aun intentó defenderse, y el tribunal de justicia de Grenoble pareció participar también de esta indiferencia, no aplicando mas que el minimum de la pena; cinco años de trabajos forzados y la vergüenza. Collet cumplió el último año de su condena en las galeras de Tolon. Volvió á ver á esta ciudad, donde en otro tiempo habia estado como inspector general del ejército de Cataluña: entonces habia entrado allí á caballo, rodeado de un brillante estado mayor: ahora entraba á pie con la cadena al cuello, custodiado por gendarmes: habia sido recibido por las autoridades marítimas y militares, y los sotacómitres unicamente le salieron á recibir: por último el cañon disparado para honrarle la primera vez, solo debía oírse para anunciar su evasión y hacerlo apresarse de nuevo. Esto es lo que él dijo á los hijos del suprefecto, su antiguo secretario, que habia tenido la curiosidad de visitarlo, y de aquí tomó motivo para deplorar lo perecedero de las grandezas de este mundo y explicarle cómicamente sus sentimientos por no poder hacer ya nada para el porvenir.

A la conclusion de su condena, se le señaló para residencia la pequeña ciudad de Poussin, en el departamento del Ain, donde debia permanecer vigilado todo el resto de su vida, segun la sentencia. Esta vigilancia, contra la cual se alza con razon la voz, cuando es el resultado del capricho ó de la bastardia, llegó á ser para él una severidad mezquina. No pudo consentir en someterse á ella por mucho tiempo y resolvió romper su destierro y principiar de nuevo su pasada vida. Fijáronse primero sus miradas en Paris; pero en esta época representaba allí su papel el famoso Cogniard, conde de Santa Elena, y Collet como buen compadre le dejó la capital y se reservó los departamentos.

Sin embargo, antes de ponerse en camino, reflexionó sobre la posición que iba á crearse en el mundo. Su embrazo era grande: no podia volver á tomar los disfraces de obispo, de general, etc., bajo los cuales era ya conocido y con todo eso necesitaba un disfraz cualquiera. Recapi-

tulando en su cabeza los diversos trages que se habia procurado hacer en Domo-d'Oscella, recordó el de hermano ignorantino del que no habia hecho uso. Esto fué para él un destello de luz y aquella misma tarde salió para Tolosa. Al llegar fué á presentarse á la comunidad de los hermanos, establecida en esta ciudad, y célebre entonces en todo el mediodia. Dijo al superior, que jóven, libre, buscando el descanso y huyendo del mundo, solicitaba que se le recibiese como pensionista en la casa para vivir tranquilo y estudiar el régimen de su orden religiosa, en la cual se decidiria tal vez á entrar mas tarde. El superior lo acogió con bondad y fomentó su vocacion: Collet habia dicho que poseia 4,000 libras de renta, con las que dotaria á la comunidad. Desde el dia siguiente se le destinó un cuarto en calidad de pensionista: hacia con regularidad los ejercicios de los hermanos, asistia á todos los deberes religiosos, y admiraba muchas veces por su instruccion en materia teológica. Un dia que se hallaba en su cuarto leyendo el diario que se le daba por lo regular, notó un articulo en el cual estaba impreso su nombre con todas sus letras, se apresuró á saber que decian de él y vió que se anunciaba su fuga y que contenia su requisitoria, para que se le apesase en una de las ciudades del mediodia, en donde se le suponía: agregábase á esto el pormenor del trage que llevaba. Collet se apresuró á romper el diario para que no lo viese ningun individuo de la comunidad, y tomando repentinamente su resolucion se dirigió al superior.

—Padre mio: dijo al entrar, acabo de sondear mi conciencia y mi corazon, y me siento con verdadera vocacion para abrazar vuestro estado.

—Esto depende de vos, hijo mio, respondió el superior, y os admitiré en el noviciado tan pronto como lo deseais.

—Hoy mismo, padre mio.

—Sea hoy, si quereis llenar las condiciones exigidas.

—A eso venia. He aqui en esta bolsa 1,200 francos en oro, en lugar de 600 que se necesitan pagar para ser admitido, y os reproduzco ademas la promesa que os he hecho relativa á mi fortuna.

—Yo la acepto en nombre de la comunidad. Desde este momento quedais admitido, y mañana tomareis el hábito de la orden.

—¡Oh! no, padre mio, que yo pueda tomar al instante vuestro venerable trage. Este vestido seglar me pesa, y es la única cosa que todavia me liga al mundo: permitid que yo lo queme para apagar en la llama hasta su recuerdo. No estaré verdaderamente tranquilo mientras estos vestidos no se hallen reducidos á cenizas.

En su entusiasmo, el superior se arrojó á su cuello y habiendo reunido toda la comunidad, procedió á la recepcion del novicio: revistiósele del sayal negro, y se quemaron con ceremonia sus vestidos mundados. La alegría de Collet se aumentaba á medida que veia subir la llama, y cuando no quedaba ya mas que un monton de cenizas se sintió mas á su gusto con su ancha ropa negra con la que era imposible que fuese conocido. Los hermanos alabaron este grande desprecio de las cosas de la tierra, y desde este dia formó Collet parte de la comunidad.

Pasó así algun tiempo, acomodándose á esta clase de vida que le preservaba de las manos de la policía; pero no pudo resignarse á vivir siempre así. Este estado, como decia él mismo no le ofrecia un porvenir. Cierta mañana se acercó al superior y le dijo suspirando profundamente:

—Padre mio, ¿qué castigo imponeis á los mentirosos?

—¿A qué viene esta pregunta, hijo mio?

—Es que yo he mentido.

—¿Vos?... en que?

—¡Oh! no me atreveré jamás á confesarlo.

—Hablad, sed franco: es el único medio de perdonaros.

—Pues bien, yo os he dicho que tenia 4,000 libras de renta, y mentia.

—No teneis nada. Yo hubiera debido sospecharlo.

—Tengo 50,000. Así castigadme como lo merece mi poca confianza y mi disimulo para con vos.

—Yo castigaros!....

—Es que no es esto solo: soy caballero de la legión de honor y de San Luis: repito que me castigais porque os he engañado. Y al mismo tiempo le presentaba los despachos que habia falsificado.

—Ignoraba queuviésemos en nuestra comunidad un personaje de tan alta categoría, replicó el superior, y sin embargo, debia haberlo sospechado por vuestra instrucción. No os exijo los motivos que os han hecho ocultar vuestra verdadera situación, y os lo perdono convencido de que son razonables, pero quisiera saber cuales son vuestras intenciones en vuestra nueva posición.

—Las mismas, padre mio. Si os he ocultado todo esto al principio, es por que queria conocer mejor las reglas de vuestra orden y el bien que podiais hacer. Por otra parte, antiguo soldado del imperio, y aunque jóven, he creído que este título fuese una esclusión á vuestros ojos, y sin embargo desengañado de todas las grandezas humanas por la caída misma de Napoleon, experimentaba la necesidad de vivir tranquilo é ignorado, sin por eso renunciar á la actividad, de la que he formado hábito en los campos de batalla. En vuestra orden he encontrado lo que buscaba: así es, que desechando el último escrúpulo que me habia asaltado á propósito de mi sobrino, doy desde ahora mis rentas á nuestra santa casa durante mi vida, y todo cuanto poseo, despues de mi muerte.

—Y haceis una obra piadosa, mi querido hijo, siguiendo esta inspiración del cielo. Es preciso preferir á Dios y á su familia, y dándonos á nosotros dais á Dios.

Con este motivo lo abrazó de nuevo el superior y lo llenó de promesas que todas debían elevarlo á las dignidades de su orden. Collet solo deseaba una que era la de tesorero, y representó un nuevo papel para llegar á ella. Dijo al superior que habia escrito para recibir una parte de sus rentas por mano del recaudador general, y le rogó que le acompañase á casa de este funcionario para ver si habia recibido aviso sobre este particular. El superior consintió en ello sin hacerse de rogar, y una vez en el despacho fué introducido Collet al momento gracias al hábito que llevaba, y que en esta época estaba en gran veneración. Habia dejado al superior en la antesala. Collet pidió noticias al recaudador general sobre los medios de recibir por su mano en Tolosa su pensión de retiro como coronel y como caballero de la legión de honor, así como sus demás rentas: el recaudador general le dió estos datos con tanta mas exactitud cuanto que tenia curiosidad de conocer al antiguo coronel que habia tenido espíritu para hacerse hermano ignorantino. Collet no tuvo dificultad en satisfacer sus deseos en este punto, y entonces el recaudador general le censuró ágridamente porque no llevaba sus condecoraciones. Collet respondió que esto no estaba en uso, que creía que no lo permitían las reglas de su orden, y que ademas podría parecer una prueba de reprensible vanidad. El recaudador general combatió esta idea y citó como ejemplo á los sacerdotes que no dejan de llevar ostensiblemente la cinta y la cruz. Entre tanto impaciente el superior de aguardar y tal vez curioso por oír entreabrir la puerta del gabinete y se presentó. Al momento que Collet lo vió, corrió á él y le dijo.

—¿No es verdad, padre mio, que nuestra orden religiosa me impide llevar mis condecoraciones?

—Es verdad, respondió el superior.

—Pero esto es demasiado severo, dijo el recaudador general: parece que quereis decir con esto que este traje no es digno de llevar las insignias del honor.

—Nuestra orden es la de la humildad, dice Collet; pero para volver al negocio de que os he hablado....

—Os prevengo, dice sonriéndose el recaudador general, que no os pagaré vuestros 15,000 francos sino venis á recibirlos adornado con vuestras cruces.

Solo queria Collet una frase de este género, pronunciada delante del superior: así es, que se despidió al momento temiendo que no viniesen á destruirla otras palabras ó hacerla menos positiva. En efecto el superior habia abierto ojo al oír confirmar por una autoridad tan respetable una parte de lo que le habia dicho Collet. Volvió á entrar en el convento lleno de gozo. Collet tuvo cuidado de guardar el cuarto todo el día bajo pretexto de una indisposición, á fin de dejar libre campo á las conjeturas de los hermanos, y al día siguiente se le ofreció el destino de tesorero que habia manifestado deseos de desempeñar.

Una vez en posesión de este cargo ya no le faltaba ningún género de demasías que hacer en el mundo para aumentar el tesoro de los hermanos que consideraba ya como el suyo. Su primera visita de cuestor fué para el coronel de gendarmería con quien conversó largamente, citándole batallas en las que habian debido pelear juntos. El coronel dió su ofrenda mucho mayor, en consideración á que pasaba por las manos de un antiguo camarada. Collet se dirigió despues á casa del prefecto, á la del alcalde y á las de todas las autoridades. No se contentó con esto, y con la ayuda de su ficticia fortuna, tomó prestado para las necesidades del convento, garantizando los préstamos personalmente. Obtuvo de Mr. Lajus 50,000 francos: de la condesa de Brueys 20,000, del conde de Lespinaisse 15,000; de Mr. Dubernard, médico de la comunidad 5,000; de Mr. de Cambongran vicario 5,000; del abad Laroque, otro gran vicario 1,000 etc. En fin, no despreció nada: pequeñas ó grandes ofrendas todo lo recibió en su caja, la que muy pronto, juntando allí las sumas que le entregaban para el noviciado, consideró digna de él. Fingió entonces inquietud por el retraso que experimentaba todavia por sus pensiones y rentas y pidió permiso de ausentarse para ir á sus posesiones; el cual se le concedió de muy buena gana. La víspera de su salida rindió fielmente sus cuentas á toda la comunidad reunida, que quedó admirada de la riqueza de la caja y dió un voto de gracias al tesorero. Collet exigió que su caja fuese abierta ante todo el mundo y despues que se contó el dinero y los valores, entregó al superior la llave del tesoro; pero este quedó en su cuarto, pasó la noche, y tuvo cuidado de apoderarse de él con la ayuda de una segunda llave. Al rayar el día salió colmado de bendiciones de toda la comunidad por su feliz viage y su pronta vuelta.

Collet acababa de salir airoso en su primera empresa: tenia oro y recobró toda su audacia. Habiendo cambiado de vestidos, de lenguaje y de papeles, tuvo el atrevimiento de establecerse en la casa de un comisario de policía en Laroche-Beaucourt (Dordaña) bajo el nombre y con el pasaporte de conde de Gollo. Habia elegido esta casa con preferencia para alquilar en ella un aposento, porque era muy fácil saber su paradero con el auxilio de la policía, y venia á tomar noticias en la misma fuente. En consecuencia trabó amistad desde el primer día con el comisario del ramo, suscitó una conversación sobre los grandes criminales de Francia y vino á recaer naturalmente sobre el famoso Collet.

—He oído hablar mucho de este malvado, dijo: ¿le conocéis, señor comisario de policía?

—Como si le conociera: tengo su requisitoria tan exacta que si lo viese lo reconocería al momento.

—¿Ah! verdaderamente!... hasta este punto?.... habeis aprendido de memoria su requisitoria?

—Lo mismo que decís. He tenido necesidad de consultarla tantas veces, que he acabado por grabarla en la memoria.

—Esto es lo que se llama cumplir concienzudamente su obligación. Sois un modelo de comisario de policía. Y os acordáis bien....

—Absolutamente como si este pícaro estuviese delante de mí. Tomad, debe ser casi de vuestra talla, el ojo tan brillante como el vuestro, la nariz....

—Perdon, señor comisario de policía, dice con gravedad Collet, interrumpiendo este exámen que podía serle peligroso: es poco conveniente compararme ni aun físicamente con semejante miserable, y si tuviese la desgracia de parecerme á él, ereo que me haria saltar la tapa de los sesos.

—Perdonadme, señor conde, no he querido ofenderos: por lo demas, si yo equivocase vuestra fisonomia con la de Collet, bastaria para reconocer mi error, oir vuestro lenguaje y ver las maneras nobles que os distinguen.... Aunque muchas veces Collet se presentase como vos.....

—Deberia ser, segun ereo, muy capaz de todo lo que se dice de él: un hombre que ha representado el papel de obispo, de general.....

—¡Oh! eso es muy diferente. En esta época no habia estado todavia en las galeras; pero despues que ha pasado en ellas cinco años, ha tomado allí modales y resabios que son reconocidos del ojo menos perspicaz.... ¡Dios mio! por poca costumbre que se tenga en estas cosas.... Yo que os hablo reconoceria á un galeote entre mil personas honradas.

—Teneis una gran ventaja, señor; ¿pero en qué reconocieriais á Collet por ejemplo?

—Primero en su costumbre de arrastrar la pierna en donde ha estado atado el grillete.... despues en sus manos que deben ser ásperas.... en fin por aquella inspiracion secreta que nos dice: este hombre es un ladron. Nosotros iremos á sus alcances. Si Collet entrase aqui en este instante con su vestido de obispo ó de general, yo os diria: este es y le echaria la mano.

—Seria de desear para la sociedad que este audaz ladron viniese á fijarse en Laroche-Beaucourt.

—No estaria mucho tiempo, yo os aseguro.

—Asi lo ereo. ¿Pero se ocupan de él todavia?.... No han desconfiado de poderlo coger?

—¿Desconfiado?.... Se sabe donde está.

—¡Ah.... y puede vd. decirme donde?

—En Tolosa.

—¿Y no lo han cogido todavia?... en qué consiste esto?

—No me incumbe criticar á mis cólegas; pero sé que si se hallase aqui estaria ya cogido, y hace mucho tiempo que se sabe ya en Tolosa.

—Pero es verdaderamente deplorable.... ¡Cómo! asi se porta la policia.... hablaré seriamente de este hecho al ministro tan pronto como lo vea. Ya no hay seguridad para los hombres de bien. Pero segun lo que me decis, tendria curiosidad de ver y estudiar yo mismo la requisitoria de este peligroso ladron. No se sabe lo que puede suceder y si yo lo encontrase alguna vez, pues él alterna entre las gentes....

—De muy buena gana, señor conde: si deseais una copia de esta requisitoria....

—Esto me hara estar mas obligado: nunca podrá uno precaverse bastante contra semejantes personas.

—Voy á enviáros la en este mismo instante, señor conde. Por lo demas, vivid tranquilo, al menos durante vuestra mansion aqui: no hay que temer que jamás penetre Collet en esta casa.

—¡Oh! ciertamente: sobre todo si os conoce como yo, porque vuestra conversacion me ha proporcionado apreciar vuestra perspicacia y vuestra sutileza.

—Muy bien, en verdad, señor conde, y si teneis ocasion de hablar de ella al ministro....

—Si ciertamente, está en mi interes, porque yo me alegraria mucho de que todos los comisarios de policia fuesen como vos.

A estas palabras se despidieron, y un cuarto de hora despues Collet tenia á la vista su requisitoria y todas las notas relativas á su persona. Estudió todo esto efectivamente, pero con la intencion de tergiversar la semejanza y las sospechas: viendo despues que la policia estaba informada de su mansion en Tolosa, se creyó todavia demasiado cerca de esta ciudad, y salió de Laroche-Beaucourt con gran sentimiento del comisario de policia.

Despues de muchas peregrinaciones en las que encontró siempre medios de aumentar su tesoro, y que los limites de esta obra no me permiten referir, fué á fijarse en Mans, donde vivia como hombre bien acomodado, y de buena conducta en la apariencia, bajo el nombre de Gallat. Habia llegado sin embargo, á combinar una estafa cuya victima era un joyero de la ciudad é iba á salir porque el término del pago se adelantaba, cuando atravesó un regimiento por Mans debiéndose detener allí algunos dias.



ORTEGA

Collet como todos los curiosos examinaba este regimiento que estaba formado en batalla en la gran plaza: el coronel que lo mandaba no le pareció enteramente desconocido y se acercó para verlo de mas cerca. En este momento el coronel volvió la vista hacia él y se encontraron sus miradas: el militar se estremeció, y Collet reconoció en él al antiguo jefe del batallón de Draguiñan, su ayudante de campo, arrestado con él en Montpellier.

En vista de esto se turbó por la primera vez de su vida y desapareció por entre la muchedumbre. Arrastrado por un movimiento involuntario, corrió á su casa al instante para hacer sus preparativos de marcha á fin de no esponerse á encontrar segunda vez al coronel que habia jurado vengarse de él, y cuyo aspecto le habia horrorizado. Hallábase ya preparado para salir, estaban liados sus equipages, puestos los caballos y caído el estribo para subir al carruaje, cuando los gendarmes invadieron el camino, se arrojaron sobre él, lo ataron, y aterrado Collet y confundido, solo tuvo espíritu para decir estas palabras:

—Muy bien sabia yo que al amor propio lastimado de este hombre debia temer mas que á los esfuerzos de toda la policia del reino.

Este fué el único momento de su vida en que Collet perdió su sangre fria. El recelo del coronel que le habia frecuentemente atormentado, se realizó repentinamente á su vista: al verlo se consideró perdido, y cedió sin resistencia á la fatalidad que habia fijado su hora, no haciendo casi ningun esfuerzo para huir de lo que él llamaba su destino. Esto á lo menos fué lo que dijo despues para explicar como siendo tan diestro y tan poco fácil de turbarse, no habia podido encontrar ningun recurso para sustraerse del ultimo golpe.

Esta vez fué juzgado con toda la solemnidad de los debates. Sostuvo su papel con energia, y tanto por la reincidencia como por los nuevos hechos que suministraban las pruebas, fué condenado á veinte años de trabajos forzados y declarado infame. Fué enviado primero á las galeras de Brest para sufrir alli su condena, y despues trasladado á las de Rochefort.

Tan luego como se vió Collet por segunda vez con la cadena, pareció resignarse á su suerte, procurando dulcificarla cuanto le era posible de todos modos, y por los medios cuyo secreto él solo poseia. Asi jamás careció de dinero para proporcionarse todos los gozes que se permite á los galeotes: los del alimento y del vino son los principales: usó siempre de ellos con abundancia: bebia frecuentemente vino de Burdeos, respondiéndole cuando procuraban reprender su aire de grandeza, *que este era el único vino que convenia á su salud.*

Sus compañeros de cautividad le respetaban por sus talentos y sus altos hechos, y no le daban jamás en memoria de la accion mas atrevida de su vida otro título que el de *Monseñor*. Por lo que á él toca, se encontraba muy bien con respecto á estas gentes, á quienes miraba con piedad y la manifestaba siempre cuando el visitador travaba conversacion con él sobre este objeto. Collet era uno de los galeotes, á quienes habia mas curiosidad de preguntar, se prestaba de buena gana á satisfacer esta curiosidad que parecia lisongear su orgullo, y poniéndose al alcance del que le hablaba, era tan pronto alegre y burlon, tan pronto serio y filósofo á su modo.

Decia algunas veces con su risa sardónica:

Una sola cosa me agita con respecto á la sociedad, y es saber si todos aquellos á quienes he hecho oficiales han conservado sus grados y mando, y si todos los seminaristas á quienes he ordenado continúan siendo sacerdotes y dicen misa.

Decia tambien:

Se deberian hacer diferentes categorias de los galeotes, y no mezclar á los asesinos con los ladrones y falsarios. No hay nada que yo desprecie mas altamente que á un asesino. El asesinato es tan facil, que solo basta un

puñal. Para robar, se necesita talento; para ser falsario es preciso ingenio.

Preguntado una vez por un visitador, porque cuando habia adquirido con que vivir á su gusto, no habia renunciado á su culpable existencia, respondió:

Qué quereis, los hombres eran tan fáciles de engañar, que ellos mismos venian á escitar mi inclinacion y me obligaban algunas veces á continuar. En Niza por ejemplo, solo habia tomado el disfraz de obispo para atravesar la ciudad y fui conducido casi á la fuerza al palacio episcopal, constituido obispo con mi báculo y mitra á pesar mio, y colmado de elogios y de respeto. No fui yo el que me hice obispo sino el clero de Niza. Yo estaba entre la mitra y las galeras, y debi escoger lo primero. Vos hubierais hecho lo mismo.

El mismo visitador sintiendo que no hubiese aplicado sus facultades á vivir segun las leyes de la sociedad, y á adquirir por sus talentos una posicion que no le hubiera faltado tarde ó temprano, respondió todavia:

El camino de la vida es largo, pero es muy ancho. Yo quisiera veros en él, sino se necesitase otra cosa que emprenderlo: adquirir esto, es esperar, trabajar y sufrir: tomar, es poseer por el momento y gozar. Si entonces se trabaja es para defender lo que se tiene, y el trabajo es mas facil por que no está sometido al capricho y á la injusticia de los hombres. Si la sociedad solo quiere legítimos poseedores de sus dones, que no se prosterne ciega ante el primero que los ha robado y que se ha apoderado de ellos: que mire al individuo y no á su trage. He visto que bastaba un cordon, una cruz ó un titulo para escitar el respeto y la admiracion de los hombres: he llevado cordones, cruces y titulos y he sido respetado y admirado tanto y mas que cualquiera. ¿Dónde estaba entonces la diferencia entre lo verdadero y lo falso? La sociedad es la que con sus vicios y sus debilidades me ha hecho lo que he sido. Si ella hubiera sido mas fuerte que yo, me hubiera sometido; pero yo he sido mas fuerte que ella y la he sometido durante mucho tiempo. Hoy todavia se venga de una manera digna de su corrupcion. Ha inventado esta mazmorra, donde en lugar de moralizar al hombre, lo deshonor para siempre y rechaza de su seno. Sufro mi pena sin murmurar, y me considero mas bien como vencido que como culpable, porque desde aqui veo pasar por delante de mi á los hombres que me han honrado por mi trage, y que si mañana cambiase mi vestido de galeote por la mitra de obispo ó las placas de general, se arrodillarían para recibir mi bendicion ó me presentarian las armas.

Estas últimas palabras pintan todo el caracter de Collet. Es una fortuna para la sociedad que semejantes hombres solo se presenten de tarde en tarde. Este quedará como tipo de la estafa y del robo por su destreza, su astucia y su audacia. Una vida tan estravagante y agitada no podia desenlazarse de una manera sencilla y natural: hubiera faltado alguna cosa á su muerte: todo fué completo. Collet habia pasado en la mazmorra todo el tiempo de su condena de la manera que acabo de decir: habia tocado el último año y el último mes de su pena. Diez y siete dias solo le faltaban para salir de Rochefort, cuando acometido de una enfermedad poco grave en la apariencia murió á los dos dias.

En sus últimos momentos sintió el dejar el mundo como los mas felices de la tierra, diciendo un adios con una voz desesperada á las riquezas y á las grandezas que codiciaba todavia para el porvenir.

Murió en 9 de noviembre de 1840, y su condena se terminaba el 24 del mismo mes.

Era de edad de 50 años, de los cuales 25 habia pasado en las galeras.

Encontráronsele nueve monedas de oro en los dobleces de su vestido.

E. ALBOIZE.